LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

SVMARIO

D. A. DE SANTILLAN: Evocación del primero de Mayo de 1909.

L. FABBRI: Nubes de tempestad en Europa.

M. NETTLAU: Observaciones sobre la historia de la anarquía: El antiestatismo en los años anteriores a 1870 y la necesidad de restablecerlo como fuerza colectiva.

JEAN GRAVE: Kaleidoscopio.

OCTAVIO MIRBEAU: Mi choza (cuento)

SPARTACO ACRATE: La "Carta del Lavoro" del fascismo.

Plataforma de organización de la Unión General de los Anarquistas.

B I B L I O G R A F I A

EL EJEMPLAR 20 CTS.

AÑO VI

Núm. 266

PRECIO 5 centavos

LA PROTESTA

PORTE PAGO

DIARIO DE LA MAÑANA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Aparece los días 15 y 30 de cada mes

REDACCION, ADM. Y TALLERES: PERU 1537— BUENOS AIRES. — SUSCRIPCION: $ 1.20 EL TRIMESTRE.—NUMERO SUELTO: 20 CENTAVOS

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A M. TORRENTE

HISTORIA REVOLUCIONARIA, SOCIOLOGIA, PROBLEMAS TEORICOS Y

TACTICOS DEL ANARQUISMO, CRITICA SOCIAL, BIBLIOGRAFIA, ESTADISTICAS

Los camaradas del exterior pueden conseguir esta revista dirigiéndose a las direcciones siguientes:

NORTE AMERICA

STEUBENVILLE (Ohío)
R. Lone. P. O. Box 256.

DETROIT, MICH
"Cultura Obrera"
P. O. Box 1342.

FRANCIA

PARIS
Librería Internacional. 72, Rue des Prairies

LYON
C. de E. Sociales, 86 Cours Lafeyette.

PERPIGNAN
A. Mongot. Rute du Vernet núm. 52.

ESPAÑA

BARCELONA
Tomás Herrero. Cadenas 39.

MEXICO

EN LA CAPITAL
J. C. Valadés. Mérida 164.

MONTERREY
R. Banajas. Wáshington 156.

CHILE

SANTIAGO
Luis H. Heredia. Correo 8, Casilla 5015

BULNES
Javier Urrutia A., Casilla núm. 1.

ANTOFAGASTA
M. Esprella.

VALPARAISO
Abraham Díaz. Correo 2, Casilla 4048.

URUGUAY

Américo Cabrera, Correo de La Teja—Montevideo.—

PORTE PAGO

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VI — Buenos Aires, 18 de Julio de 1927 — N.o 265

LA OTRA VICTIMA DE THAYER

Es la justicia que queda trabada en Dedham a causa de la sentencia infame

D. A. DE SANTILLAN

Evocación del Primero de Mayo de 1909

Entre las páginas más inolvidables de la historia proletaria y revolucionaria de la Argentina, la manifestación anarquista del primero de mayo de 1909 en Buenos Aires, ocupa un puesto especial, equivalente sólo a la de los acontecimientos de la Patagonia en los años 1920-21 o a la de la semana de enero de 1919 en Buenos Aires.

Han pasado ya más de diez y ocho años; las nuevas generaciones tal vez no tengan una idea concreta de aquella masacre memorable, que tuvo consecuencias tan trágicas; por eso creemos oportuno echar una ojeada retrospectiva a un episodio que nos trae a la memoria todos los días, con un vigor irresistible, la figura heroica de uno de nuestros hermanos de lucha: nos referimos a Simón Radowitzky. El recuerdo de Radowitzky en Ushuaia, como el de Vilckens, atenacea nuestro espíritu; y el pensamiento del uno nos lleva sin quererlo al otro, porque la impresión memorable de los gestos magníficos de esos hombres justicieros y moralmente superiores, ocupa un puesto central en nuestro corazón y en nuestra mente. Si nos faltase de repente la memoria de Radowitzky y de Wilckens experimentaríamos una dolorosa sensación de vacío, de aislamiento, de tinieblas. ¡Cuántas horas aciagas y cuántos sinsabores de una brega ingrata han sido y serán superados gracias al recuerdo luminoso del mártir de Tierra del Fuego y del heroico tolstoyano Kurt Wilckens!

El jefe de policía minutos antes del ataque, comtemplando la formación de la columna en la plaza de Lorea

La vida espiritual necesita sus símbolos. ¿Y qué mejor símbolo para un amante de la justicia y de la libertad que el nombre del que reparó el crimen del primero de mayo de 1909 o del que vengó el dolor inmenso de la tragedia patagónica?

I

El primero de mayo de 1909 fué para el proletariado de Buenos Aires, una fecha de luto. El jefe de policía, coronel Ramón Falcón, se había venido distinguiendo desde hacía varios años por su antianarquismo morboso, por sus provocaciones y represiones, por sus petulancias antiobreras y sus pretensiones de acabar con la propaganda anarquista. Pocos hombres se habían hecho más odiosos para el proletariado que el coronel Ramón Falcón. Era tal su manera de proceder y era tal su sed de sangre anarquista que cuando nuestras organizaciones convocaban algún mitin o demostración, la Asistencia Pública se apresuraba a destacar de inmediato sus ambulancias para recoger los muertos y los heridos. La policía provocaba y los anarquistas respondían a las provocaciones, siendo inevitables, mientras el coronel Falcón estuvo al frente de la policía de Buenos Aires, los choques sangrientos en todo acto público de los anarquistas.

La manifestación anarquista disolviéndose al sonar los primeros tiros

El primero de mayo se esperaba, como en años anteriores, la provocación policial; pero eso no impidió que la concurrencia a los actos realizados fuese grandiosa. Había, como casi siempre, dos manifestaciones: la de los socialistas, que se reunieron en la plaza Constitución, y la de los anarquistas, convocada en la plaza Lorea. Nuestro movimiento había entrado en un período ascendente y de ofensiva que fué interrumpido por el terror gubernativo de las fiestas del Centenario.

El coronel Falcón, irritado por la oposición que hacían los anarquistas a todos sus proyectos de mordaza, se dispuso a llevar a cabo un acto de represalia que aterrorizase a los anarquistas. Mientras nuestros compañeros acudían en las columnas seccionales al punto de cita, la plaza Lorea, el jefe de policía se complacía en pasar en automóvil delante de ellos, provocándolos así descaradamente. Claro está, esas arrogancias irritaron los ánimos y por donde quiera que aparecía el automóvil del coronel Falcón se producía una silbatina y se lanzaban al aire palabras nada gratas para el verdugo policial. En una comunicación al ministro del interior, fechada el 2 de mayo, el propio Falcón dice que los testigos que presenciaron esas silbatinas, entre los que había representantes de la prensa, le aseguraron "que habría desórdenes y provocaciones armadas en la columna, contra la autoridad, pues era evidente el estado exaltado de los ánimos que revelaban los manifestantes".

Fué, pues, con toda premeditación que obró el jefe de policía al exhibirse y al concentrar sus fuerzas más fieles, la Guardia de Seguridad, contra los anarquistas. Y efectivamente, mientras se formaba la columna en la plaza Lorea, unos minutos antes de la masacre, el coronel Falcón presenciaba o mejor dicho acechaba los movimientos de la presa codiciada.

El pretexto lo dió la llegada de una columna seccional formada en Triunvirato y Río de Janeiro y en la plaza Once, un millar de personas, con sus banderas rojas al viento. Los gritos alegres de los manifestantes, los vivas a la anarquía resonaban jubilosos. Por el camino habían sido detenidos algunos tranvías que circulaban a pesar de la fecha rememorada y se había obligado a los motoristas y guardas a abandonarlos. Al incorporarse en Avenida de Mayo y Solís la columna procedente de plaza Once a la columna general de la grandiosa demostración, la policía quiso proceder a la detención de algunos obreros, de José Maza y otros. Era evidente que un acto semejante frente a treinta mil manifestantes no podía ocurrir sin resistencia y sin desórdenes. Y el hecho de haberlo intentado es una prueba evidente de la premeditación policial. Según el mismo coronel Falcón, al ir a detener a Mazza, el obrero Ricardo Nivelli hizo un disparo de revólver y esa fué la señal del tiroteo. La Guardia de Seguridad, a las órdenes del comandante Jolly Medrano, un apadrinado del jefe de policía, cargó con sus caballos y disparando sus armas contra los manifestantes; algunos se dispersaron, otros hicieron frente a la provocación. La lucha fué violenta y duró algunos minutos; en el pavimento quedaron varios obreros muertos, recogiéndose 8 agentes de policía y cerca de cuarenta manifestantes heridos, amén de cinco caballos baleados.

Momentos en que cayeron el anciano Miguel Besch (muerto) y Reniskoff fallecido mas tarde en el hospital

Volvemos a transcribir otro fragmento de la mencionada carta del coronel Falcón al ministro del interior:

"Debo agregar, Excmo. Señor, que el estado de efervescencia era tal que no sólo el grupo que venía por el lado oeste ha cometido un sinnúmero de excesos, sino también la mayoría de los que se incorporaron a la columna, principalmente los de Barracas, que en todo el trayecto dirigían insultos soeces a la policía y a los particulares, llegando en sus excesos a destruir a pedradas los vidrios de los tranvías y escaparates de las casas de comercio"...

Tenemos esta constatación: que previamente se había comprobado el estado exaltado de los trabajadores a causa de las arbitrariedades de que venían siendo víctimas y de los proyectos de mordaza, como el código de contravenciones municipales y el registro de vecindad. El propio Falcón lo advirtió al exhibirse en automóvil delante de las columnas parciales y al contemplar la formación de la columna general en la plaza Lorea. Cerca de treinta mil manifestantes habían acudido a la manifestación anarquista. Ahora bien, el acto de querer arrestar a un obrero que se había distinguido por su exaltación, delante de una muchedumbre tal, era sin duda una provocación abierta y premeditada. No podría juzgarse de otro modo.

El cadáver de Juan Semino, en la esquina de Avenida y Solis

A la masacre de la Avenida de Mayo, entre Solís y Cevallos, siguieron los acontecimientos que eran de esperar. La manifestación socialista tuvo noticia de los hechos mientras se dirigía de plaza Constitución a la plaza Colón, por la calle Buen Orden, y por toda la ciudad circuló el pánico de los próximos acontecimientos como un reguero de pólvora. Los socialistas se asociaron al duelo proletario y, por primera y última vez, exhortaron a la huelga general. Pero la huelga general era ya un hecho y el propio jefe de policía, irritado por ese frente único en que no había pensado, advirtió que esa adhesión, por lo demás, tuvo poca importancia. El movimiento obrero estaba influenciado por los anarquistas y con la adhesión de los socialistas o sin ella, la

semana que siguió a la masacre se habría producido igualmente.

He aquí el nombre de los muertos: *Miguel Besch*, de 72 años (como una afirmación de que no había que lamentarlo, la policía dijo que se le había encontrado en el bolsillo un ejemplar de LA PROTESTA); *José Silva*, de 24 años; *Juan Semino*, de 19 años; *Manuel Fernández*, 36 años; *Luis Pantalcone*, 25 años; *Jacobo Reniskoff*, de 22 años; *Narciso Milesi* y *Pedro Fortunato*.

El cadáver de Luis Pantaleone, en el lugar donde fué muerto de un balazo, Avenida entre Solis y Entre Rios

II

Se pensó dar un golpe de audacia al clausurar los locales obreros y al detener algunos centenares de compañeros conocidos. Pero esas medidas resultaron ineficaces. Unánimemente el proletariado pidió la renuncia de Falcón como condición previa para calmar los ánimos exaltados por la masacre; pero si públicamente se gritaba: ¡Fuera Falcón! — íntimamente se deseaba hacerle pagar el crimen perpetrado, de una manera más adecuada. Esto último era lo que pensaban los anarquistas, mientras los socialistas se afirmaban en lo primero.

El dos de mayo fué un día de recogimiento y de dolor; era un domingo y, por consiguiente, el paro general se hizo sentir sólo en el ambiente de tragedia que lo había invadido todo; pero las organizaciones gremiales resolvieron que la protesta continuara por tiempo indeterminado y los manifiestos vibrantes inundaron la ciudad, a pesar de la clausura de locales y de los centenares de presos y de la suspensión del derecho de reunión.

El coronel Falcón hizo saber cínicamente que los muertos y heridos del primero de mayo presentaban heridas de bala procedentes de los propios trabajadores... Ante infamias semejantes los ánimos se irritaron más todavía.

III

El 3 de mayo, un lunes, se pudo comprender todo el alcance del movimiento de protesta, tanto en Buenos Aires como en las poblaciones del interior del país. En Buenos Aires no circulaban ni carros ni coches y el comercio cerró por la tarde sus puertas y vidrieras; los teatros suspendieron sus representaciones, los empleados municipales de la limpieza se unieron a los huelguistas; el cuerpo de bomberos fué encargado de la distribución de pan y de leche a los hospitales; la afluencia de víveres se interrumpió en grandes proporciones; por las calles no se veían más que piquetes de caballería y de infantería haciendo servicio de patrulla y grupos de obreros; los pocos tranvías que salieron fueron retirados por las mismas empresas al atardecer; a las ocho de la noche la ciudad quedó enteramente desierta. Cinco mil hombres del ejército de línea custodiaban la ciudad; la policía disponía del cuerpo de bomberos, del escuadrón de seguridad y de los vigilantes armados de revólver y de máuser. Según el ministerio de la guerra las tropas disponibles para hacer frente a cualquier intentona obrera eran: 2 regimientos de artillería, 3 regimientos de caballería, 6 batallones de infantería, 2 batallones de ingenieros y 1.500 hombres de las escuelas de tiro y de clases.

Pese al terror de las represiones y a la barbarie policial los trabajadores salían a la calle y en la plaza Constitución hubo un mitin concurrido por unos 3.000 trabajadores a las cuatro de la tarde.

Mencionamos estos incidentes de entre los muchos ocurridos en el curso del día:

—Choque entre la policía y obreros en la esquina de las calles Bolívar y Victoria.

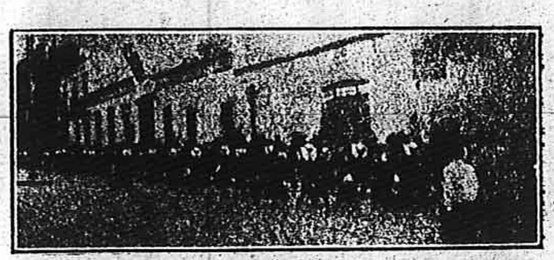
—Carga de cosacos del escuadrón contra un grupo de manifestantes en la esquina de Perú y Avenida de Mayo.

—Frente a la Morgue hay un choque entre la policía y el pueblo que esperaba en número de más de 10.000 personas la partida de los cortejos fúnebres de los obreros asesinados el primero de mayo.

—Ataques diversos contra los tranvías que salieron a pesar de la declaración de huelga. Más de cincuenta coches fueron abandonados en las calles con los vidrios rotos y otros desperfectos.

—Choque entre obreros y policías en la calle Humberto I, entre Pichincha y Pasco. Varios heridos.

—Choque entre policía y obreros en la esquina de San Juan y Piedras.



Batallón 2 de infantería, llegando a Pueyrredón y Corrientes el día del sepelio de las víctimas; en auxilio de las fuerzas policiales

—Choque entre la policía y los obreros en las calles Callao y Córdoba.

—En la calle Ombú 553 la policía detiene a 17 rusos. En los Mataderos es muerto un capataz antihuelguista; la policía detiene allí a 25 obreros, etc., etc.

IV

El paro general es todavía más intenso el martes 4 de mayo. Buenos Aires continúa dando la

sensación de un campamento armado. Los víveres comienzan a escasear; la escasez determina una usura escandalosa. Los pocos tranvías que circulan lo hacen bajo la custodia de soldados con la bayoneta calada. Sin embargo la administración de la compañía Anglo-Argentina comunicó a la Intendencia Municipal que más de mil cristales de tranvías fueron rotos a pedradas durante el día. Otras empresas paralizaron totalmente sus servicios. Las tropas custodiaban los edificios públicos, los bancos, las estaciones ferroviarias, los locales obreros, el puerto, los coches de correos y de la municipalidad. La huelga del personal de carga y descarga de las estaciones originó una enorme aglomeración de mercaderías y demás en los depósitos, en los andenes y hasta en las calles. El espectáculo de la basura en las calles fué casi general. Muy pocos teatros abrieron sus puertas. Todas las actividades han sido paralizadas en espera de los nuevos acontecimientos.

A eso de mediodía se reunieron alrededor de la Morgue, para acompañar el cortejo fúnebre de los obreros asesinados, cerca de ochenta mil trabajadores, en medio de dos escuadrones de caballería, 50 bomberos armados a máuser y 200 hombres del escuadrón de seguridad. Los cadáveres fueron llevados a toda prisa por la policía al cementerio, pero también las calles adyacentes al cementerio de la Chacarita estaban repletas de gente del pueblo y los asesinados el primero de mayo recibieron el debido homenaje póstumo de los trabajadores de Buenos Aires. Está demás decir que los choques entre la policía, las tropas y los trabajadores, fueron frecuentes. El más importante tuvo lugar al volver del cementerio, donde hablaron varios oradores anarquistas, socialistas y sindicalistas. De resultas de una descarga del escuadrón de seguridad en la calle Triunvirato y de un asalto de los soldados se recogieron en la comisaría 21.ª cuatro heridos, veinte contusos, haciéndose unas cincuenta detenciones.

En el día, martes 4, la segunda división del departamento de policía hizo cien detenciones y la tercera unas ciento cuarenta.

Los disturbios callejeros fueron numerosos y nos llevaría muy lejos su simple mención.

El proletariado de las provincias, en Rosario, La Plata, Córdoba, Bahía Blanca, Pergamino, etc. secundó el movimiento iniciado en Buenos Aires.

V

El miércoles continuó el movimiento con igual intensidad. Las medidas tomadas por el gobierno para el abastecimiento de la ciudad, apenas bastaron para atender a las necesidades más urgentes de los hospitales y de los cuarteles. El Estado echó mano a todas sus fuerzas, pero a pesar de ello fué impotente para dar a la ciudad ese sello peculiar que recibe únicamente del esfuerzo de los trabajadores. Las operaciones en el puerto continuaron paralizadas; los buques de ultramar quedaron en la rada exterior hasta que se terminó la huelga, en vista de la imposibilidad de descargarlos.

El comité mixto de huelga convocó un mitin en la Plaza de Mayo. La policía lo impidió y se produjeron numerosas cargas salvajes del escuadrón de seguridad contra los obreros; desde un balcón de su escritorio en la Avenida de Mayo, el vice presidente de la república, Benito Villanueva, contemplaba las cargas. Se tardó más de una hora en hacer que los trabajadores se dispersaran. Hubo numerosos heridos y contusos.

En la plaza Constitución se realizó un mitin convocado por el partido socialista. Al disolverse el acto se produjeron algunos ataques brutales contra los trabajadores, resultando nuevamente muertos y heridos.

Los muertos en esas circunstancias fueron Pedro Palacín, de veinte años; José Barbieri, Victoriano Montenegro.

Los presos de ese día suman también algunos centenares.

VI

Estamos ya en el cuarto día de huelga, en el jueves 6 de mayo. Como los días anteriores, la vida de la gran ciudad no se reanima y todos los esfuerzos del gobierno con sus soldados y funcionarios policiales, no logran restablecer el aprovisionamiento normal. Los nuevos asesinatos del día anterior han vuelto a infundir aliento y deseos de represalias a los trabajadores.

Manifestante herido en una pierna

El viernes no hubo variaciones de importancia en el movimiento; la huelga no fué quebrantada ni por el terror policial ni por los rompehuelgas reclutados por el gobierno y por las grandes empresas. Se realizaron algunos actos públicos concurridísimos, otros fueron disueltos violentamente. En la calle Corrientes, al 1180, estalló una bomba de gran potencia, que causó más de veinte heridos y un muerto, sin contar los desperfectos de varias casas. En la calle Cangallo explotó otra bomba, sin causar desgracias personales, y varios tranvías custodiados por soldados del ejército fueron atacados a balazos. Eso hizo que las empresas tranviarias volvieran a suspender totalmente el tráfico después de la puesta del sol.

En La Plata, en Bahía Blanca, en Rosario, en Mar del Plata y muchas otras localidades del interior, continuó el movimiento de solidaridad con los trabajadores de Buenos Aires.

El sábado 8 de mayo se dió por terminada la huelga, habiendo prometido el gobierno abolir el código de penalidades dictado por la Municipalidad, la libertad de los presos detenidos por causa del movimiento y la reapertura de los locales obreros.

El lunes 10 de mayo se reanudó el trabajo después de una semana imborrable en los anales proletarios.

Describiendo los sucesos del lunes al viernes, el coronel Falcón informa al ministro del interior,

en una extensa requisitoria antianárquica, que se desarrollaron los hechos que son del dominio público "y otros que por su extrema gravedad fué necesario ocultar para no aumentar la impresión penosa que habrían de producir en la sociedad. Se han librado verdaderos combates nocturnos; se han levantado y tomado barricadas a viva fuer-

El jefe de policía presenciando las cargas de caballería el 3 de Mayo

za, y algunos barrios vivieron en tinieblas por haber sido destruídos y arrancados los faroles del alumbrado, para llamar así a las fuerzas legales y librarles combate; se han impedido incendios intencionales; se han reprimido agresiones a pacíficos ciudadanos; mas no se ha podido evitar el estallido de bombas que tan hondamente conmovieron el espíritu público..."

VII

El coronel Falcón no había quedado satisfecho, sin embargo, de las masacres de la semana sangrienta de mayo. Su fobia antianarquista le movió a pedir al ministro del interior la reforma de las leyes de residencia y de ciudadanía, así como la sanción de otras sobre delitos de imprenta y la creación de tribunales para entender en las causas por delitos sociales; también pedía leyes que reglamentaran el derecho de reunión y que se dirigieran especialmente contra el anarquismo. El pobre hombre se proponía librar al país de los anarquistas y la negra historia de su acción al frente de la policía de la capital fué ensanchándose cada día más. Pero los anarquistas no se dejaron aterrorizar; respondieron enérgicamente a las provocaciones y en LA PROTESTA se pudieron leer muy a menudo exhortaciones a la muerte del perro rabioso.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir fatalmente. Del seno del pueblo salió un desconocido, casi un niño todavía, Simón Radowitzky, que se erigió ante el mundo y ante su conciencia en el vengador de los caídos el primero de mayo de 1909.

Las leyes de la justicia histórica podrán condenar cuanto quieran a Simón Radowitzky y cebarse con encarnizamiento en ese héroe; pero la justicia humana, que está por encima de todos los códigos y que vive en el corazón de los oprimidos y de los explotados, extiende por sobre todos los obstáculos una mano amiga y hermana al mártir de Ushuaia.

LUIS FABBRI:

Nubes de tempestad en Europa

Los pueblos, que en su gran mayoría todavía no pueden concebir su vida social sin la tutela de las autoridades estatales, y que por eso no saben ignorar a éstas, tienen sin embargo horror y temor al fascismo, que en resumidas cuentas no es otra cosa que la más fuerte y más violenta exteriorización de la autoridad gubernativa. Y es que ellos no ven el fascismo más que en la única y típica manifestación italiana; y no quieren persuadirse que, aun quedando firmes las características especiales del fascismo italiano, hay además un fascismo internacional que, a través de los caracteres propios a cada nacionalidad, tiene también cualidades en común y una misma orientación hacia una mayor esclavización de las clases proletarias, hacia una limitación creciente de todas las libertades, con el objetivo de la restauración de la autocracia más absoluta en cada Estado.

La guerra a la revolución es concebida ahora no ya solamente como una resistencia a la futura revolución social del proletariado, sino justamente como una negación de las revoluciones pasadas, como una lucha contra las conquistas de los pueblos realizadas en un siglo o dos de esfuerzos inauditos, como una guerra a la idea de libertad en todas sus manifestaciones y aplicaciones, en el campo político y económico como en el espiritual, hasta ponerse en contraste no sólo con los progresos realizados por la revolución francesa y las otras sucesivas del siglo XIX, sino también por medio de las precedentes de la Reforma y del Renacimiento del cuatrocientos y quinientos, y hasta mediante algunas que parecían haberse vuelto definitivas con el cristianismo al comienzo de la era vulgar.

Si los pueblos no encuentran en sí la fuerza para reaccionar y reducir las fuerzas de regresión, éstas lograrán precipitar a la humanidad en el abismo del cual le costará siglos salir. Las grandes muchedumbres humanas estarán tanto más sólidamente encadenadas a la esclavitud, cuanto más los enormes progresos mecánicos y científicos realizados hasta aquí den a los tiranos de mañana el modo de construir cadenas irrompibles, medios de represión inauditos y fulmíneos, y sistemas de coerción duros y complicados que servirán para ligar no sólo los brazos, sino también los cerebros con la imbecilización progresiva de las masas. Tantos descubrimientos, a través de los cuales se ha visto por algún tiempo la posibilidad de una mayor liberación, — como la prensa rotativa, el cinematógrafo, la telefonía sin hilos, — monopolizados por los poderosos de la tierra, van convirtiéndose en horribles instrumentos de perversión moral y de sometimiento, como en otro tiempo el descubrimiento de la pólvora y de la dinamita, del automóvil, del aeroplano y del submarino, etc.

Al pasado no se volverá, es verdad, porque la historia no se repite; pero se podrá culminar en sistemas de vida social de opresión y de servidumbre peores incluso que los del pasado, que sin embargo nos causan tanto horror cuando estudiamos la condición de los pueblos en los tiempos de Luis XIV, de Torquemada, de los Borgia, de Felipe II y más atrás aún. Ciertamente no es ya posible la vuelta al absolutismo personal y soberano de uno solo característico del los tiempos anteriores a 1789, del feudalismo militar y de la nobleza de antes del siglo XVI; pero no se ha dicho que no pueda tenerse también algo peor. En la turbia conciencia de las clases dirigentes y poseedoras actuales se va perfilando poco a poco la tendencia a una tiranía impersonal, pero no por eso menos horrible, de clase en lugar de la de casta, centralizada en torno a las oligarquías financieras dueñas en el mundo entero de todo lo indispensable a los hombres para vivir. La tiranía de los grandes truts del grano, del algodón, del petróleo, del hierro, etc. amenaza a los pueblos con una opresión frente a cuya ferocidad implacable palidecerán las historias que recuerdan las tiranías personales de los Nerón, y de los Tamerlán, de los Carlos V, de los Rey Sol, y otros.

Los pueblos tienen todavía mucha fuerza y muchas posibilidades de sustraerse al precipicio que se va cavando bajo sus pies. No tienen ante sí una fuerza única y formidable de reacción como nuestra imaginación puede figurársela. No hay un designio preciso en ésta y mucho menos una voluntad ya formada y unánime: la formación de ésta es todavía embrional o casi, y no es posible en un período demasiado breve. Pero hay tendencias múltiples y multiformes, que a veces contrastan y hasta son enemigas, pero las cuales tienen todas una orientación que las va aproximando; y a medida que se aproximan, las posibilidades de resistencia y de rebelión de los pueblos disminuyen. Es preciso por tanto que los pueblos logren romper el curso de la historia antes que los formidables elementos de reacción ya existentes hayan llegado a la conciencia y a la solidaridad que los harán omnipotentes. Es decir, es preciso que los pueblos precedan a sus enemigos y los superen en conciencia y solidaridad.

La fuerza numérica, en la cual el interés de clase constituye el tejido conectivo más elemental, es dada a los pueblos por el proletariado que es su mayoría. El proletariado es por tanto la palanca principal de acción y de revolución con que se puede resistir a la presión opuesta de las tiranías e imprimir a las masas humanas un movimiento contrario, hacia una más amplia libertad. Pero sería un error e ilusión gravísima y peligrosa confiarse al simple y automático movimiento de clase

del proletariado. El interés de clase es un motivo de solidaridad demasiado elemental y primitivo, demasiado neutralizado por otros innumerables motivos de división y de contraste de intereses particulares para bastar por sí solo a oponer al bloque reaccionario en formación un bloque revolucionario único. Esa palanca poderosa pero todavía en bruto e informe, para volverse manejable y activa de modo suficiente tiene necesidad de ser afinada por otros elementos indispensables, de ser purificada y hecha maleable por el fuego de otras pasiones que no sean simples impulsos mecánicos del interés personal, de categoría o de clase. Son las pasiones de libertad, de igualdad, de justicia social que deben convertirse en animadoras del movimiento; y la intervención de la voluntad consciente de los revolucionarios, conocedora del fin a alcanzar, que puede orientar el movimiento por la vía de la liberación real; son las minorías que con espíritu de sacrificio y desprecio del peligro saben subordinar los propios intereses personales o de categoría o nacionales al interés universal, y el mismo interés momentáneo de clase al interés de la libertad y de la igualdad humanas, las cuales se convertirán en motor de todo el proletariado y de todos los pueblos.

Pero para llegar a eso, a la formación de una minoría bastante vasta, es decir que no sea microscópica e impotente, hay ante todo que arrancar de los ojos del proletariado las vendas del fácil optimismo, de la ilusión de los plácidos ocasos, de las cómodas adaptaciones, de las engañosas transacciones, que son, con una insistencia criminal aunque inconsciente, mantenidas sobre los ojos de los pueblos por las sirenas de la democracia burguesa y de la socialdemocracia. Democracia y socialdemocracia, que también serán arrolladas y aniquiladas por la reacción, en su hora, pero que mientras tanto en estos momentos hacen el servicio de adormecedoras de los pueblos en una inercia que es suicidio, en una espera de la propia salvación de fuerzas irrisorias y sin valor intrínseco, en un caótico y contradictorio ir y venir hacia pequeños objetivos momentáneos sin importancia y sin consistencia. Todo eso es peligroso también, porque no sólo los mismos defectos de la democracia y de la socialdemocracia son apropiados por los mismos revolucionarios que dicen ser adversarios suyos, sino que sufren, a través de las trincheras que los dividen, sus influencias y sus malsanas sugestiones.

Estas sugestiones me son sugeridas por el inaudito espectáculo de incomprensión y de ceguera que ha ofrecido últimamente la democracia y la socialdemocracia, especialmente alemanas y francesas, pero tras ellas también las de otros países, frente a las demostraciones reaccionarias de ninguna manera indiferentes y muy sintomáticas de las vanguardias fascistas en Berlín y en París el 8 de mayo y siguientes. Hablo de la pacífica y platónica, por ahora, marcha sobre Berlín de los "Cascos de acero" y de la manifestación monárquica y nacionalista en París en torno a la estatua de Juana de Arco.

Esta última tiene ciertamente mucha menos importancia que la primera; y por sí sola, si no se hubiese tenido la otra, habría sido más insignificante aún. Pero la coincidencia de ambas es tal como para hacer reflexionar. Las dos fuerzas nacionalistas, la francesa y la alemana, son profundamente enemigas; existe un odio tradicional que las divide, enfurecido más por la última guerra, por las heridas que ésta dejó abiertas, y también por la casi certidumbre de una guerra futura entre los dos nacionalismos, pues las enormes injusticias de la paz concertada sobre montañas de cadáveres han arrojado sobre las heridas un ácido corrosivo de los más violentos, que impide a éstas cicatrizarse. Pero precisamente por eso el fenómeno es más inquietante y sintomático, pues vemos lo mismo esas dos fuerzas enemigas hacer una manifestación casi idéntica y dirigida hacia el mismo objetivo de reacción liberticida, mucho más cada una contra el propio pueblo que contra la fuerza adversaria semejante. Es una manifestación particular que debería abrir los ojos a todos, de la tendencia general que anotaba más arriba de todas las fuerzas reaccionarias internacionales a unificarse, para formar bloque contra el proletariado y contra la libertad.

Pero, ¿cuál ha sido la actitud de la democracia y de la social-democracia, — y aunque sea de modo pasivo y menos locuaz, de la mayor parte del proletariado, que sigue a la socialdemocracia con la venda del reformismo legalitario y del colaboracionismo estatal en los ojos, — frente al espectáculo de fuerza que han dado en Alemania los fascistas alemanes? Nada más que la actitud del avestruz, que ante el peligro mete la cabeza bajo las alas.

La prensa democrática y socialdemócrata se ha perdido ante todo en el pueril esfuerzo por disminuir la cifra de los participantes en la manifestación nacionalmilitarista. Debían llegar a Berlín 150 mil y en cambio fueron sólo 50 mil. Otros dicen que eran 80 mil; la policía asegura oficialmente que eran 120 mil. Pero ¿qué significan estos cálculos aritméticos? ¿Quién no conviene que 50 mil hombres, y también 150 mil, son una ínfima minoría en comparación con un pueblo de más de 60 millones? Y sin embargo, es verdad que 150 mil manifestantes convenidos, con gastos enormes, de todas partes de Alemania, son una insignificancia aritmética en comparación, por ejemplo, con los manifestantes obreros del primero de mayo que sólo en Berlín, y únicamente berlineses, sumaron una cifra mucho más grande que la reunida por los nacionalistas de todos los puntos del país. Pero ¿qué significan estos cálculos y estas comparaciones, sino que se trata de ocultar con una verdad de hecho innegable, pero de importancia limitada, otra verdad mucho más importante que tiene con la primera una raciona al revés, la misma relación de amplitud que hay entre un gran paisaje y su fotografía en una cartulina ilustrada?

La asociación alemana de los "Cascos de acero" es una asociación reaccionaria ultra-nacionalista, militarista, antisocialista y antidemocrática, de fuertes tendencias monárquicas; pero no comprende más que una pequeña parte (la más joven y sin escrúpulos que se atreve a mostrarse abiertamente, desafiando incluso muchos peligros de la impopularidad) de los reaccionarios alemanes, de los monárquicos, de los nacionalistas, de los militaristas y de los antisocialistas. La mayoría reaccionaria está fuera de los "Cascos de acero" por cien razones diversas; fuerza de inercia ante todo, luego por prudencia o vileza, por no tener molestias, por oportunismo, por egoísmo personal, o bien por disentimientos sobre cuestiones secundarias. Pero los "Cascos de acero" tienen las simpatías de todos los otros reaccionarios, que al primer éxito de ellos acudirán a engrosar inverosímilmente las filas, a multiplicar las fuerzas y a darles además aquella ferocidad de la vileza, propia de los vencedores del día siguiente de la batalla. ¿Cómo no comprender que los "Cascos de acero" son un pequeño ejército de vanguardia, de formación irregular, pero que tiene tras sí, bastante mal disimuladas, las enormes fuerzas de la gran burguesía agraria, de una buena parte de la gran industria, del militarismo profesional, de la policía y de una parte del gobierno? ¿No significa tal vez nada que en la víspera de esa demostración de desafío a la república, a la democracia y al proletariado al mismo tiempo, sus organizadores hayan sido recibidos con signos de deferencia amistosa por el mismo presidente de la república, el general imperial Hindenburg?

El que ha visto en Italia nacer, crecer y vencer el fascismo puede decir algo al respecto. Los núcleos fascistas de 1919-20 eran justamente irrisorios; diminutas bandas de algunas decenas de adherentes en los grandes centros, casi nada en otros. Además, en Italia el ambiente era entonces bastante más desfavorable al fascismo que en Alemania ahora; y faltaron además las razones del orgullo nacional, ofendido y herido de modo tan grave en los alemanes. Si la relación entre el fascismo alemán y el pueblo alemán es de 1 a 400, la relación entre fascismo italiano y pueblo italiano era de 1 a 2.000 y menos aún. Y digan lo que quieran hoy los jefes para disculparse y hallar un subterfugio en la impotencia popular, la capacidad de resistencia del pueblo italiano, bien que no fuese tal vez la necesidad, no era ciertamente inferior en 1919-20 a la capacidad de resistencia actual del pueblo alemán. A pesar de todo eso, el fascismo italiano ha vencido la partida: inmediatamente después de las dos o tres primeras pruebas de debilidad del proletariado, a fines de 1920, ha visto engrosar sus filas hasta tener la fuerza para apoderarse del poder en 1922.

¿El ejemplo no dice nada? El pueblo italiano ¿habrá sufrido tanto sin que su experiencia trágica sirva al menos de enseñanza, para salvarse, a los otros pueblos? La existencia en un país, aunque sea vasto y poblado como Alemania, de un ejército enemigo de sólo 50 mil hombres, pero bastante decididos y con partidos de fuerzas y complicidades a la espalda como los tienen los "Cascos de acero". no me parece que sea una cosa como para ser tomada a la ligera. Los demócratas y socialdemócratas alemanes, al día siguiente del 8 de mayo, se lavaban las manos: "¡Puah! — decían — se han vuelto a ir todos, sin atreverse a nada. Es como para reir"... Pero nosotros, los italianos, recordamos que, un año antes de la "marcha sobre Roma", algunos millares de fascistas se concentraron en la capital en ocasión de un congreso; rompieron algunas cabezas y algunos vidrios, mataron también un obrero o dos, pero se volvieron a ir sin haberse atrevido a más... Y algunos demócratas se lavaron las manos, como ahora los de Berlín. Pero en menos de un año los fascistas ocuparon a Roma, y la ocupación dura ya cinco años, haciéndose cada vez más opresora y sin perspectivas de terminar.

Nosotros queremos también admitir que no sea la misma cosa, que el proletariado alemán tenga mayores probabilidades de salvarse, que el peligro en Alemania sea menos grave e inminente. Pero la situación alemana tiene, no obstante, demasiados puntos de semejanza con la italiana de 1921, como para que no haya preocupaciones, y no sólo en Alemania — porque la fascistización del Reich significará en breve lapso de tiempo la fascistización definitiva de toda Europa. El peligro será menos grave que en Italia en 1921; pero es siempre demasiado grave, para poder quedar tranquilos e inertes, sólo porque la especie de prueba general de los "Cascos de acero" en Berlín ha sido menos clamorosa de lo que se temía y terminó después en una incruenta parada coreográfica. Como las maniobras pilatescas de los Bonomi y de los Giolitti italianos de 1921 disimulaban mal el apoyo dado bajo cuerda al fascismo, del mismo modo la actitud sibilina del gobierno del Reich — que en el día de la manifestación de los "cascos" se ha limitado a la ausencia de los ministros de Berlín, para darse el aspecto de ignorar la cosa, — oculta mal una complicidad reaccionaria con ellos más o menos tácita.

La socialdemocracia alemana cierra los ojos y así se ilusiona que no hay que tener temor de nada; en efecto no es fácil tener miedo de lo que no se vé. Pero su delito es poner su misma venda a los ojos del proletariado que la sigue; el cual sólo podría salvar a Alemania de la reacción fascista. Y triunfará sólo si tiene fuerza y valor para arrancarse la venda de los ojos y separarse resueltamente de la democracia burguesa, mirando francamente a la cara del enemigo. Desacreditar al enemigo, eso está bien; pero ignorar deliberadamente las fuerzas para eximirse del esfuerzo de afrontarlo es ceguera que prepara terrible despertar.

Nosotros esperamos que el proletariado alemán abra los ojos antes que sea demasiado tarde y que los abra mientras tiene fuerzas suficientes para combatir, y está en una posición todavía ventajosa para vencer. Pues si esperase a abrirlos sólo cuando se los haga abrir por la fuerza la reacción enemiga de todas las libertades y de toda la clase obrera, después de haberlo puesto bajo su talón de acero, será aquella una triste hora para el pueblo alemán y para la civilización germánica, como para todos los pueblos de Europa y para la misma civilización. Porque entonces, mientras los pueblos que ya gimen bajo la tiranía fascista perderán muchas de sus esperanzas de liberación, también los otros que por ahora están relativamente inmunes, verán al fascismo insolente y victorioso sobre ellos. En Francia, por ejemplo, aquella especie de equilibrio inestable que ahora hay entre las varias fuerzas políticas en contraste, ciertamente se rompería si en la Alemania rival venciesen las fuerzas reaccionarias y monárquicas que, con la amenaza de guerra que significarían, darían a las fuerzas nacionalistas y militaristas francesas el pretexto de avanzar e hincharse con todos los temores y rencores y apetitos del chauvinismo más o menos latente allí. Y la victoria definitiva del fascismo en Francia y Alemania, en tantas partes centrales de Europa, sería, repito, la piedra sepulcral sobre toda la civilización europea.

Viceversa con una rebelión del proletariado de Alemania, los mismos planes de la reacción fascista francesa serían descompuestos; como por otra parte una afirmación victoriosa del proletariado de Francia, que desvaneciese las maquinaciones fascistas internas e inaugurase una era nueva de paz y de libertad, daría a la reacción fascista alemana un golpe formidable, quitándole gran parte de aquellos apoyos de las masas ignorantes y más atrasadas que ahora le procura la política de

MAX NETTLAU

Observaciones sobre la historia de la anarquía

II. — El antiestatismo en los años anteriores a 1870 y la necesidad de restablecerlo como fuerza colectiva.

En abril de 1868 Bakunin escribió las líneas siguientes, publicadas entonces en *La Democratie* (París):

..."Nuestro grande y verdadero maestro de todos, Proudhon, ha dicho en su bello libro sobre la *Justice dans la Révolution et dans l'Eglise* (1858) que la más desastrosa combinación que se podría formar sería la que reuniera el socialismo con el absolutismo, las tendencias del pueblo hacia la emancipación económica y el bienestar material con la dictadura y la concentración de todos los poderes políticos y sociales en el Estado".

Bakunin agrega: "Que el porvenir nos preserve, pues, de los favores del despotismo; pero que nos salve de las consecuencias desastrosas y embrutecedoras del *socialismo autoritario, doctrinario* o de *Estado*. Seamos socialistas, pero no nos convirtamos nunca en pueblos rebaños. No busquemos la justicia, toda la justicia política, económica y social más que por el camino de la libertad. No puede haber nada de viviente y de humano fuera de la libertad, y un socialismo que la rechazase de su seno o que no la aceptase como único principio creador y como base nos llevaría a la esclavitud y a la bestialidad"...

Estas palabras de Proudhon en 1858, tan enfáticamente reiteradas por Bakunin en 1868, fueron una advertencia de parecida exactitud y basada en una clarividencia profética igual que los altos gritos de: *cuidado con el nacionalismo*, y: *plaza al federalismo*, lanzados por Proudhon desde 1859 a 1863. Y toda la historia fatal de los sesenta y más años desde entonces, período en que estamos aún, rebotando entre las orgías del nacionalismo y las guerras y las orgías del cesarismo, en forma de bolchevismo o fascismo o simplemente de Estado burgués que se reviste de reformismo social, — toda esa triste historia en que, a las advertencias razonadas y sentidas de esos dos hombres y de tantos otros, se agregó la advertencia por el hecho de la Comuna de París en 1871, sofocada en sangre — toda una historia, pues, dá en cada página la prueba de la verdad entrevista por Proudhon, Bakunin y sus camaradas, y que los otros socialistas, los obreros organizados y las masas populares no han querido o no han podido reconocer — y hoy aun están lejos, muy lejos, de reconocerla. Se hunden más bien en el mal, parecen querer vaciar hasta la última gota la copa de los errores, han cimentado la *esclavitud* y mil hechos ocurridos y que ocurren todos los días en pleno siglo veinte no pueden ser explicados de otro modo que como pruebas del hecho abrumador que echan raíces entre nosotros ideas fatales y que la verdadera humanidad pierde terreno.

Remontémonos a los orígenes probables de esta recrudescencia del *estatismo* desde 1860 aproximadamente.

Los siglos pasados habían visto la sujeción, la opresión y la explotación del pueblo en formas largo tiempo inalterables y relativamente simples y directas. Todas las rivalidades y reajustes de poderes después de intrigas, luchas o guerras civiles y exteriores entre los reyes-Estados, la aristocracia, la iglesia, las ciudades con su burguesía naciente, no afectaban la situación del pueblo que, por su parte, no tomaba ninguna iniciativa, aparte de algunas rebeliones inspiradas por el exceso de sus miserias y sufrimientos y cruelmente reprimidas por el conjunto de sus enemigos, por divididos que estuvieran entre sí. El noble, el sacerdote, el rico, el soldado, el jurista, el funcionario, etc., formaron un conjunto del cual el pueblo no esperó nada bueno y que soportó con resignación sombría, sintiéndose impotente frente al aparato de represión, organizado para pesar cruelmente, tanto en el Estado y las ciudades que se decían mejor urbanizadas, como en no importa qué distrito lejano, en apariencia poco gobernado: el pueblo se sabía siempre acechado, vigilado y lo está todavía a cada hora, en el país más libre — si hay todavía países que se puedan llamar "libres" — como lo estuvo hace mil años en el distrito más despóticamente gobernado.

En tales condiciones las luchas entre las categorías privilegiadas alternaban con períodos de equilibrio y de estabilidad relativos donde cada cual era puesto en su lugar y debía quedar allí — el ideal de la edad media, que el fascismo, que tiene tan profundas raíses nacionalistas, clericales y medioevales en general, se esfuerza por restablecer desde 1926 por el fascismo de Estado, en

---

expoliación de los vencedores sobre los vencidos sancionada por la paz imperialista de Versalles. Pues los diversos fascismos nacionales, a pesar de su rivalidad y enemistades más ásperas, son de hecho y también a su pesar solidarios. Contra ellos no hay otra fuerza real que pueda oponerse fuera de la del proletariado internacional, — solidario, este último, de modo consciente, y libre al fin de todas aquellas trabas y vendas con que hasta aquí la democracia y la socialdemocracia le han impedido ver la verdad tal como es y obrar en consecuencia.

1927 por la *Carta del Lavoro* — pero, sin embargo, todo eso no podía durar. Hacia el siglo XV y XVI los progresos intelectuales y materiales dan el ascendiente a la burguesía y al trabajo organizado por ella y del cual ella monopoliza los frutos. Combate la independencia del clero y lo regimenta a su servicio — de ahí la reforma del siglo XVI, las iglesias protestantes; combate la nobleza, a quien aplasta la riqueza creciente de la burguesía, y está contenta ante todo de ver la realeza, los Estados, reforzarse, consolidarse, creando así bases amplias para la industria y el comercio, — luego, desde el siglo XVII, se pone a la conquista del poder real y estatista, como lo testimonian las grandes revoluciones en Inglaterra y en Francia; y triunfó: desde Cromwell todos los reyes ingleses están a sus órdenes o son eliminados, y la aristocracia inglesa hace causa común con la burguesía; en Francia, las asambleas revolucionarias, los comités, el directorio, Bonaparte cónsul y emperador, todos son los ayudantes y los guardianes de los intereses burgueses, cada vez más consolidados en el interior — y llegando al apogeo en los tiempos de Luis Felipe de Napoleón III y de la república presente — y extendidos al exterior por las guerras y conquistas de la revolución y de Napoleón I, por la política nacional, aunque no siempre coronada de éxito, de Napoleón III y por la expansión colonial de la república presente, etc.

Este advenimiento de la burguesía y de su conquista de los Estados tenía necesidad de un gran apoyo popular que fué hallado sobre todo en las ciudades, mientras que la aristocracia y el clero hicieron cuanto pudieron por permanecer amos del espíritu de los campos, y han triunfado ampliamente, sembrando hasta hoy discordia y desconfianza entre ciudades y campañas, entre obreros y campesinos. Esa alianza de burgueses y artesanos tenía un precursor en la vida dentro de las ciudades más o menos autónomas — donde sin embargo no existió nunca una armonía social, sino al contrario, una enemistad íntima y lucha abierta entre los privilegiados y los explotados que eran sometidos a las más duras regulaciones y coacciones — pero la reforma religiosa en su primera forma de una vuelta aparente a un cristianismo más solidario y más igualitario, predicado por fanáticos todavía delgados, a las barbas de los prelados y monjes repletos del catolicismo romano, bien sentados y bien alimentados, esa reforma aproximó en una escala más amplia a todos los hombres un poco avanzados y de buena voluntad de esos tiempos — y sin duda también a muchos hombres astutos, los fundadores de una nueva dominación espiritual y los fomentadores del nuevo fanatismo y de las nuevas guerras por el predominio.

Después de la reforma *religiosa* se tuvo la lucha por una llamada *democracia* y luego la lucha por la formación de las *unidades nacionales* que asoció los mismos elementos de buena voluntad, dirigidos inostensiblemente y engañados por los mismos aprovechadores astutos, políticos y gobernantes.

La parte militante de los explotados, durante siglos, sacó las castañas del fuego para los burgueses y no pudo menos de constatar que los negocios de los burgueses iban bien y cada vez mejor, mientras que el pueblo permanecía en una miseria que precisamente la prosperidad de los burgueses — tan enormemente acrecentada por el maquinismo naciente en el siglo XVIII y triunfante en la primera mitad del siglo XIX — hacía cada vez mayor: el pueblo trabajador, desde la más tierna infancia, pasados los seis años, a veces en esos primeros tiempos del maquinismo nuevo, fué arrojado como presa al Moloch de las fábricas y consumido, absorbido, arruinado y vomitado por él para ser puesto en el lugar de los desperdicios, en el hospital y en el cementerio, o en el asilo de los pobres con la misma rapidez e intensidad que consumían el carbón que se les echaba, absorbiendo su fuerza y devolviendo las cenizas, el polvo.

Había para el pueblo este hecho real, palpable, de su esclavitud económica cada vez más dura — y los hechos irreales, intangibles de salvación religiosa, después de salvación por la democracia y por el patriotismo nacional. Y existía aún el esfuerzo, generoso, pero ilusorio, de muchos buenos hombres que buscaban una salida y que creían encontrarla en el Estado — y como toda causa tiene sus aprovechadores y sus parásitos, no faltaban hombres y partidos adecuados que apoyaron ese *estatismo naciente*.

Las raíces de un estatismo idealista — pues la realidad estatista era horrible — eran el sueño de dicha, el deseo de salvarse la vida real, inspirando las utopías de un rey sabio y justo, de un Estado bien gobernado, etc., luego la interpretación falaz de la literatura y de la historia antiguas donde se creía encontrar Estados equitativos dirigidos por Licurgos y Solones y romanos de la edad pura y austera de su república, mientras que en realidad todas esas repúblicas clásicas dejaban mucho que desear y no fueron glorificadas más que por autores muy patrióticos y más o menos oficiosos o por autores posteriores de períodos de corrupción, de cesarismo y de descomposición, que buscaban un consuelo o hacían propaganda, por el elogio de las repúblicas ya difuntas o casi. Esas utopías y esas repúblicas antiguas de tal modo cacareadas inspiraban sin duda a muchos hombres de buena voluntad, tanto de los años que se han llamado del "despotismo ilustrado", soñando y hasta realizando muchas reformas, a menudo útiles, pero siempre insuficientes — el emperador José II es el tipo más eminente de ese género, — como de los años de la revolución francesa, cuando muchos hombres idealistas creían a Esparta y a Roma renaciendo en Francia, y los más avanzados no juraban más que por los Gracos y por Spartaco, mientras que los burgueses dejaban hablar y se enriquecían, y el obrero sufrió hambre todos esos años y se convirtió pronto en carne de cañón de Bonaparte, que se complacía en decir que tenía no sé cuántos, pongamos 100.000 conscriptos de renta por año, es decir, hombres que podían ser muertos, pues la próxima conscripción anual les reemplazaría sin pérdida.

El Estado, esa jerarquía rebosante de burócratas que no eran ni son responsables más que ante sus superiores y que son, por decirlo así, omnipotentes, sea para hacer el mal, sea para obstaculizar y retardar que alguien haga alguna cosa útil, — el Estado, pues, estaba contento de que el idealismo que acabo de describir le atribuyese una utilidad cada vez más grande; no se avergonzó nunca en hacer, o en hacer hacer su propio reclame — *y así de una inutilidad quisquillosa o de un organismo de brutalidad bárbara que repugnaba a todo hombre de bien — fué*

transformado por sus propias víctimas en una institución de funciones eminentemente útiles, en la expresión práctica de la sociedad, de la patria, de la salvación pública, del alma y del honor del país — y dejó hacer. La democracia se figuró regenerar, reformar el Estado, y se lo figura aún — la burocracia irreparable, incorregible, deja hacer; para ella es igual que le pague uno u otro, y sabe que hará siempre lo que le convenga o que quedará ociosa y rutinaria en espíritu y en la práctica, que hable nominalmente en nombre de un rey o de una república, o, como en Rusia, de una federación soviética.

La revolución francesa se hizo en nombre del estatismo supremo, del culto de la patria regenerada, de una centralización absoluta (república una e indivisible y proscripción de toda idea federalista). De libertad no estableció más que la de la explotación burguesa más directa y menos obstaculizada, aboliendo todos los restos de una organización corporativa de los oficios y prohibiendo las coaliciones obreras, prohibición sostenida hasta 1864. El hecho que la dictadura militar de Bonaparte, estabilizada pronto en imperio, no hallase ninguna resistencia seria — el trabajo subterráneo de algunas sociedades secretas quedó impotente, las conspiraciones y atentados realistas igual, y el general Mallet y el joven alemán Staps fueron casi los únicos que trataron de hacer un acto valeroso directo y pagaron con su vida — ese hecho, pues, que una nación tan entusiasta de la revolución, tan resuelta a su defensa, tan penetrada — en parte al menos — de republicanismo social en los años 1793 y 1974, sufrió la dictadura y el imperio, desviaciones totales de la revolución, me parece mostrar que el *estatismo* y no *la libertad* era el sentimiento predominante. Y ese estatismo, que nació después del descrédito y la decadencia de la realeza de los Luis XV y Luis XVI, sistema que hizo odiar el Estado del antiguo régimen, tenía al comienzo el contenido más ideal, fué el más puro civismo que evolucionó en los mejores a un puritanismo republicano incomparable. Pero aun en los mejores la necesidad de libertad faltó, el deseo de reforzar su ideal pedía la dictadura que se produjo entonces de forma cada día más rigurosa, llegando a la omnipotencia del emperador que dejó una tal impresión sobre la mayoría de los espíritus que en 1848, cuando se vivió de nuevo en república, se confió el poder presidencial por el voto de la gran mayoría de los habitantes a otro Bonaparte que también, sin mucha dificultad, estableció la dictadura en diciembre de 1851, y de 1852 a 1870 fué el emperador Napoleón III el amo de los destinos de Europa.

Fueron esos acontecimientos de 1789 a 1815 en Francia, — cuando toda la gama de todas las especies y matices de patriotismo y de estatismo fué constantemente tocada a gran orquesta y acompañada por la retórica magnífica de los Mirabeau y de los Danton, como por la guillotina, por las críticas y aspiraciones sociales de Babeuf, como por el cañón de Bonaparte, de Tolón y Marengo a Waterloo, — que fundaron el *estatismo, el autoritarismo moderno*. El antiguo régimen, la monarquía absoluta, fué sentida, soportada como una tiranía — el nuevo régimen, república o imperio, es reconocido por el ciudadano que, por su voto, se cree parte integrante del sistema, una partícula del Estado, átomo de la autoridad, él mismo. *El Estado, un cuerpo extraño antes, le ha entrado en la sangre ahora;* lo acepta y se siente orgulloso de formar parte de él.

Un sentimiento semejante había animado ya a los americanos del norte que en 1776 se habían creado su Estado, y había nacido desde la edad media en los suizos, desde el siglo XVI en los habitantes de los Países Bajos, como existía también, pero más limitado a las clases dominantes, en algunos Estados italianos de entonces (Venecia y Génova), directamente o por tradición. Por lo demás, ocurrió a consecuencia de la expansión del dominio de Napoleón I sobre casi todo el continente de Europa, que en todas partes, incluso el peor sistema, aplastado por él, dejó lamentaciones y el patriotismo local y nacional adquirió un desarrollo enorme. Igualmente Inglaterra, humillada bastante por la pérdida de América del Norte, restableció su prestigio, consolidó su régimen aristocrático y garantizó al capitalismo, dueño de nuevas máquinas, una explotación feroz de los obreros, protegida por la fuerza del Estado. Esa fué, después de la dominación de los invasores normandos sobre el territorio inglés en 1066, la segunda conquista del país por la burguesía industrial, que encerró millones de obreros en las fábricas de las máquinas nuevas, sistema que perdura todavía — el suelo está en manos de los descendientes de los conquistadores de 1066 y en mayo de 1927 los derechos obreros adquiridos por un siglo de organización y de lucha tenaz tradeunionista, son de nuevo puestos en tela de juicio por la ley contra la huelga general,— como en Francia en este mismo año una ley incorpora los sindicatos a la máquina *civil* de la defensa nacional, dos hechos que, con todo lo que pasa en los Estados Unidos, en Alemania, en Italia, en España, muestran la recrudescencia de la autoridad y del capitalismo.

No podía ser de otro modo, porque, *a excepción de los anarquistas conscientes y de algunos hombres de un liberalismo antiestatista consecuente — los Herbert Spencer, Johon Stuart Mill, H. Th. Buckle y otros, sobre todo en Inglaterra,* — verdaderamente *todos*, todos los demócratas, socialistas, obreros organizados (a excepción de los sindicalistas verdaderamente revolucionarios), han hecho el juego del estatismo, con una tenacidad y una asiduidad dignas de una mejor causa — y todas las otras categorías de las poblaciones han hecho lo mismo, o han dejado hacer en todos los países. Y el Estado en otro tiempo, como antiguo régimen, desacreditado en el más alto grado, ha echado a menudo piel nueva después, ganando siempre en redondez y amplitud, hallándose cada día más airoso, enriquecido por competencias nuevas, hasta hacer decretar en marzo de 1927 en ese gran foco de la caballería, de la galantería y de la libertad que es Francia, que en tiempo de guerra toda mujer podrá ser enrolada en la defensa nacional *civil* y deberá obedecer.

Todo se sostiene, y Proudhon y Bakunin han visto claro.

¿Cómo es que sus ideas que estuvieron de tal modo ante el público obrero hasta 1870, siendo reconocidas por los militantes de la Internacional al menos en los países latinos, Francia, España, Italia, Suiza de lengua francesa y Bélgica, no han hecho más camino desde entonces? No se puede examinar bastante esta cuestión, porque se trata de *hacer mejor* al fin, de hallar medios para hacer la crítica al estatismo mucho más accesible a las masas populares de todos los países. No señalaré más que algunas de esas razones, tales como creo poder derivarlas de la historia de la época desde 1859 y desde 1871 sobre todo.

En los países de lengua alemana durante esa época el socialismo obrero se confundía completamente con la defensa de las aspiraciones democráticas más primitivas, siempre puestas en tela de juicio por la brutalidad de los conservadores en el poder, Bismarck y sus sucesores y la reacción en Austria. La socialdemocracia era, pues, un excelente partido democrático, como fué un partido de las reformas sociales y de la organización en trade unions lo más vastas posibles: esos esfuerzos prácticos le absorbían completamente y el socialismo, que se consideró acabado en teoría por Carlos Marx, no se tradujo de ningún modo en la práctica. Allí fué absorbido en reparar el Estado despótico y en tener un poco en jaque al capitalismo creciente y en vías de intensificación — tareas de necesidad vital para poder respirar y vivir cotidianamente, sin otras perspectivas. La desdicha está en la ceguera de los unos, en la falta de sinceridad de los otros, que pretenden frente a los obreros que eso es socialismo, el único socialismo — y que, engañadores y engañados a la vez, pretenden o se figuran verdaderamente convertirse así con el tiempo en dueños del Estado, mientras que el Estado se hace cada vez más amo de ellos.

Ese método es imitado en muchos países; en todas partes hay quien se figura conquistar el Estado y es conquistado y devorado o asimilado por él. El *Socialismo parlamentario* patina así sobre el mismo lugar, formando parte del disfraz democrático de los Estados modernos, alternando una crítica vacía en oposición con una acción nula, sino enteramente renegado cuado le caen algunas migajas del poder.

En Inglaterra y en los países en que las libertades cívicas estaban adquiridas formalmente, la mayor parte de los socialistas, fiándose a esas libertades formales y creyéndose dueños del Estado por el voto, no veían mal en reclamar para el Estado un poder social agrandado, socializaciones, etc. Cultivaban, pues, igualmente un estatismo estrecho, que soñaba con servirse del Estado a su vez. La burguesía, conservando su poder económico se libró de esa manumisión parlamentaria obrera sobre sus privilegios, como lo ha mostrado la historia de los socialistas en el poder en la Inglaterra del tiempo de Ramsay Mac Donald. Después se ha entrelazado más que nunca en luchas por el poder parlamentario tan ilusorio, de elección general en elección general y se mira muy poco más allá, a pesar de las lecciones que la incapacidad de conducir a buen fin esa gran huelga general de 1926, habría debido entrañar. Al parlamentarismo no se sabe oponer más que la dictadura comunista — como a las asambleas de la revolución francesa no se supo oponer más que la dictadura de los comités y, finalmente, la dictadura militar del general Napoleón Bonaparte.

De 1871 en adelante, durante 25 años al menos, los anarquistas estuvieron fascinados por el ejemplo de la Comuna de París y, aún comprendiendo el encanto de esa inmensa afirmación revolucionaria, comienzo a pensar que se estuvo un poco demasiado fascinado por la Comuna y hubo demasiada poca preocupación ante el Estado durante ese tiempo. El Estado había aplastado la Comuna de 1871; se gritó con mucha razón y de corazón: ¡Viva la Comuna! Habría sido preciso ocuparse más, en la teoría y en la práctica, de destruir el Estado, moral y físicamente, que de resucitar la Comuna, en espíritu y en esperanza. Porque la terrible experiencia de 1871 había enseñado que el Estado había sido más fuerte que la Comuna — y hay que aferrarse al más fuerte para abatirlo — o toda comuna naciente compartiría el destino de la de 1871.

Escribiendo en abril de 1868, Bakunin señaló un error de Mazzini: ..."No, la autonomía comunal no sería nunca suficiente para fundar la libertad en un país dado, la comuna aislada será siempre demasiado débil para resistir la centralización aplastante de todos los poderes legislativos y ejecutivos en el Estado. Para que la libertad comunal sea real, es preciso un intermediario más poderoso que la comuna entre esta última y el Estado: el departamento o la provincia autónoma. Se puede estar seguros que allí donde la autonomía provincial no existe, el self government de las comunas no será más que una ficción"...

Otras observaciones de Bakunin, de los años 1866 y 1867 sobre todo, confirman esa concepción de un federalismo de grupos (comunas, provincias) que se eleva de abajo a arriba, llegando a la federación internacional de los territorios de nacionalidad o de lengua diferente.

La Comuna de París, aunque era la comuna más vasta y que reunía más elementos revolucionarios que se habría encontrado entonces y que se encontraría incluso hoy, debió sin embargo su origen a un gran concurso de circunstancias puramente locales y temporales, que a una voluntad comunalista convencida. Eso no disminuyó su poder, — al contrario, esas circunstancias le conquistaron muy vastas simpatías locales, — y sin embargo fué impotente, permaneció aislada, secundada sin vigor por esfuerzos restringidos en algunas ciudades lejanas de provincias.

Bakunin, en honor de los vencidos, no reprodujo su crítica de 1868 en 1871, pero después de casi sesenta años se puede llamar la atención sobre ello sin faltar al respeto a la Comuna de 1871. Las ciudades españolas que en 1873 se sublevaron proclamando los *cantones soberanos* fueron igualmente vencidas. El acontecimiento local es siempre demasiado débil, el Estado es atacado por fuerzas insuficientes, las revoluciones exigen bases más amplias — y la anarquía de los años que siguieron a 1871, hipnotizada demasiado por la Comuna, dejó demasiado a un lado el Estado. Se tenía horror a las organizaciones más grandes, se amaba lo pequeño, lo autónomo, lo independiente. Muy bien, yo lo amo también, pero de esa manera nos alejamos de la gran lucha, de la revolución total, de la que Proudhon creyó poder construir por actos voluntarios de asociación y de cambio al margen del Estado, y de la que Bakunin no vió más que en la verdadera revolución que tomara el Estado por el cuello y lo estrangulase. *Aplastar ante todo el Estado y organizarse entonces en Comunas o grupos* — esa fué la táctica preconizada hasta 1870; la de proclamar la Comuna y luchar y abatir luego al Estado, es la que se deriva de la fascinación sentida por el gran espectáculo de la revolución comunal parisién de 1871.

Es probable que yo establezca una división de

masiado brusca al oponer esas dos corrientes — pero no estoy más que al comienzo del estudio de esas cuestiones y espero poder ser más preciso posteriormente. Una corriente más constructiva a partir de 1871 me parece que reemplaza a la corriente más destructiva de los años anteriores a 1870. Y pienso aún que se sintió ese debilitamiento, ese aislamiento después de veinte a veinticinco años, y que la huelga general, preconizada sobre todo desde 1890 aproximadamente y el sindicalismo revolucionario, que volvió a tomar a partir de 1895 tantas ideas de la Internacional hasta 1870, son expresiones de ese sentimiento de nuestro desmenuzamiento excesivo y del sentimiento que toda la lucha está todavía ante nosotros, que el Estado está todavía en pie, y que el ideal encantador de la Comuna pertenece más a una época en que se tendrá los codos libres y los recursos sociales para la reconstrucción, que a nuestro tiempo que exige que se haga frente al Estado entero y que se le destruya por todos los medios.

Es de lamentar mucho que de ese renacimiento de las ideas todo menos antiguas, al contrario siempre vivientes, de la Internacional hasta 1870, de 1890 al 1895 no haya salido una cooperación estrecha entre los revolucionarios anarquistas y los obreros sindicalistas de entonces que habría continuado verdaderamente la Internacional, interrumpida en su esencia y en su desarrollo normal en la mayoría de los países en 1870. Y es que ese sindicalismo de 1895 hacía al mismo tiempo funciones de trade-nionismo, es decir era, con derecho, defensor de los intereses cotidianos de los obreros, lo que le impuso una actitud reformista si quiso ser amplio y generoso, o se mostró impotente frente a los problemas del día si los trató con una táctica revolucionaria, disminuyendo así su prestigio a los ojos de los obreros e imponiéndole una vida cada vez más restringida. Porque no se puede ser revolucionario en una pequeña escala, queriendo conservar al mismo tiempo una existencia pública reconocida.

Así el sindicalismo o bien se ensanchó en número y se volvió tradeunionismo, o queda fiel a las ideas, pero impotente para obrar, puesto que siendo débil puede, sin duda, sacrificarse por un acto desesperado, pero no se puede hacer esto y continuar una existencia normal a la vez.

Causas como esa, y otras, hicieron que ese renacimiento de 1895 no diese todos sus frutos y que las fuerzas antiestatistas queden dispersas. Esa *voluntad colectiva* que se formaba de año en año más fuerte hasta 1870 no se ha vuelto a formar de nuevo. Sería más necesaria hoy que nunca, vista la intensificación progresiva del estatismo. En los países de lengua española las ideas de la Internacional hasta 1870 han sido menos influenciadas bajo la influencia de la Comuna de 1871, y el sindicalismo, el anarquismo y el movimiento obrero viviente han formado más ampliamente un conjunto solidario que tiene siempre presente el fin directo — golpe al Estado y golpe al capital y cooperación colectiva sobre la base más amplia, sin perjuicio de dejar a las largas épocas de tranquilidad y de reposo que van a seguir, la tarea de elaborar la cinceladura refinada de los detalles, detalles que preocupan demasiado de antemano a muchos otros grupos y les hace perder de vista la gran lucha colectiva ante nosotros que precederá a la menor realización seria.

Difundiendo estas ideas, exponiéndolas claramente ante los compañeros de todos los países, se restablecería el sentimiento de las proporciones, de lo grande y de lo pequeño, o eliminaría las especializaciones anticipadas, o reuniría el espíritu antiestatista colectivo. Tales enseñanzas me parecen dar esos años de la Internacional hasta 1870 — la comprensión de la grandeza de nuestro objetivo, de la magnitud de los obstáculos y de la necesidad de la coordinación más razonada de las fuerzas antiestatistas, — teniendo siempre presente lo grande, no desmenuzándonos en lo pequeño mientras estemos en la gran lucha.

9 de mayo de 1927.

JOHANN MOST, LA VIDA DE UN REBELDE
POR RUDOLF ROCKER
ESTA EN VENTA EL SEGUNDO TOMO
$ 1,50

JEAN GRAVE:

KALEIDOSCOPIO

Del libro en preparación "40 años de propaganda"

En un movimiento que combate todo lo que existe, que critica la moral coriente, sin haber definido bien aun la suya, es inevitable que por él pasen toda clase de individuos. Tanto los mejores como los peores. Sinceros o gente que en la emisión de las ideas busca la justificación de sus apetitos o de su vanidad. Ya inteligentes, ya chiflados.

Es decir que, en mis cuarenta años de propaganda, he visto desfilar por el movimiento muchas y diversas caras. En el curso de estas páginas he tenido ocasión de hablar de toda clase de gentes. En este capítulo daré cabida a otros para los que no tuve espacio en los capítulos precedentes. Me voy a ir ocupando de ellos a medida que vayan acudiendo a mi memoria.

* * *

A su vuelta de Nueva Caledonia, Luisa Michel se había ido a vivir a Lavallois-Berret. Un día fuí a visitarla. Su retrato ha sido trazado muy a menudo para que sea necesario repetirlo. Se ha dicho ya todo acerca de su desinterés, de su generosidad, que llegaba — es menester llamar a las cosas por su nombre — hasta la torpeza, pues era explotada por una caterva de rufianes que especulaban con su buen corazón. Se despojaba del último trozo de pan para dárselo al primer mendigo que se le acercaba, quien a menudo tenía menos necesidad que ella; o a bribones que explotaban su bondad y abnegación por la propaganda.

Incapaz del más leve mal, se empeñaba en considerar como santos a todos los que se le acercaban. Su bondad se extendía, a veces, a personajes bastante ambiguos: lo que es penoso más de una vez en la propaganda.

Una tal V. no la dejaba ni a sol ni a sombra constituyéndose en su guardia de corps. Más que esto, según he oído decir, en su parásito. Pero la falta de sentido práctico en Luisa, su característica de vivir en las nubes, haciéndola incapaz de defenderse, convertía, por otra parte, al menos, en provechoso para Luisa el parasitismo de la tal V. Esta la defendía, en la medida de lo posible, contra la explotación de los demás.

Luisa Michel que, en la tribuna, emitía ideas justas, claras, en cuanto se ponía a escribir novelas o dramas se perdía en un viejo romanticismo, propio de un siglo atrás.

Traidores melodramáticos, sus personajes veían a través de las paredes, tenían el poder de forzar a las gentes, a través del espacio, a soportar su voluntad.

¡Pobre Luisa! ¡cómo fué exprimida, explotada so pretexto de propaganda por los caballeros de industria de la anarquía! Janvion y uno de sus asociados, Girault, entre otros, quienes, habiéndola arrastrado en una jira de conferencias a través de Francia, la hicieron desarrollar una actividad tan abrumadora que cayó enferma en el camino; y allí la abandonaron, sin un centavo, en una ciudad de provincia, de tal modo enferma que murió.

Yo la veía de tarde en tarde. Alguna vez, entre dos jiras, me escribía para que fuera a verla en tal o cual hotel en el que se alojaba momentáneamente. Siempre trataba de ponerla en guardia contra los rufianes, pero era tiempo perdido Luisa Michel no podía desconfiar de nadie.

Traídos sus restos a París, el pueblo le hizo magníficas exequias.

Como de costumbre, la policía había hecho un despliegue formidable de fuerzas en el recorrido del cortejo. Lepine y sus subordinados desplegaron un celo intempestivo.

Un hecho significativo que prueba que, cuando la multitud está bien resuelta a no dejarse molestar, puede disponer del libre ejercicio de su voluntad.

La parte del cortejo en que yo me encontraba, si no flaquea mi memoria, estaba más o menos a la altura de la plaza Clichy — el lugar, por otra parte, importa poco. El hecho es exacto, — Lepine, que alborotaba tras nuestro, ordenó a un pelotón de guardias nacionales que se hallaban allí que calaran la bayoneta. Lo que fué hecho. Pero un grito formidable de "¡Abajo las bayonetas!" brotó de las filas de la multitud. Y las bayonetas fueron envainadas, sin esperar la orden de los jefes. Esta vez, Lepine supo callarse.

* * *

Había conocido, por Méreaux, a un individuo llamado Bouriand, cortador de calzado. Era un joven lleno de celo, bastante inteligente y abundando siempre en proyectos en lo que concierne a la propaganda.

Comenzó por hacerme anunciar en "Le Revolté" que se ponía a la disposición de los camaradas para procurarles todas las obras de que tuvieran necesidad.

Llegó luego la ambición, fundó una revista, *"La Tribuna de los Pueblos"*. Estaba compuesta, sobre todo, de reproducciones y de anuncios de librería. Pero quiso hacer ediciones. Publicó un volumen: *"Historia de un proletario a través de la Revolución"*. Estaba firmado: Turquín.

El autor era un emigrado francés a los Estados Unidos. No he guardado el volumen y lo siento, pues sería una curiosidad — se decía nativo de Reims. Su familia era tan desdichada que le enviaba a "recoger en los mingitorios el mercurio depositado por los sifilíticos que permanecían allí un momento!"

Este fué el fin de las ediciones de Bouriand, de su revista y de su anarquismo. Cesamos de verlo.

Más tarde, Méreaux supo que había establecido un comercio ambulante de calzado. Tenía vehículo y caballo y estaba en trance de enriquecerse.

Un camarada del grupo de Montreuil, llamado Carmain, me dió, un día, una nota, que inserte, sobre las experiencias que hacía Georges Ville en Vincennes.

Al día siguiente de la publicación de esta nota, G. Ville me envió su ayudante para invitarme a ir a verlo a la calle Linnée. Me hizo preguntas acerca de las anarquistas. En cierto momento de la conversación exclamó:

¡Oh, no es a un profesor como yo al que enseñaréis!

—Aunque le desagrade, no tengo empacho en decirle que a veces enseñamos a individuos tan o más inteligentes que usted.

—En fin, terminó por conceder, lo que me gusta en ustedes es que atraen bastante la atención de la gente.

—Volcamos todas nuestras energías en esa tarea, respondí, modestamente.

Otra vez me envió al mismo ayudante para invitarme a una conferencia que daba en el anfiteatro del Jardín-des-Plantes.

Allá me dirigí. La sala estaba llena de hermosas damas, en ricas "toilettes", coqueteando y pavoneándose y que seguramente conocerían tanto de agricultura como las vacas del planchado. Fué grande mi decepción al comprobar que Ville no tenía un público serio, pues creo que su teoría era excelente.

Preconizaba el empleo de los abonos químicos, afirmando que, por medio de inteligentes dosajes, se podía proporcionar a la tierra los cuerpos que le faltaban, según las plantas que uno se propusiera cultivar.

En el punto en que disentíamos era cuando afirmaba que la aplicación de su sistema costituía la solución del problema social.

Más tarde, leyendo un volumen de Ardouin Dumazet, tuve una sorpresa, pues decía que Ville había tentado sus experiencias en gran escala, en una granja de uno de los departamentos cercanos a París, y que había fracasado. Quiero creer que el tal fracaso se debió a su mala administración y no a sus teorías.

Se decía que era un hermano adulterino de Napoleón III. En efecto, considerando el tamaño de su barba se le parecía un poco. Pero ignoro en qué estaban fundados estos diceres.

* * *

En tiempos del "Révolté" venía al escritorio, calle Mouffetard, una joven dama a elegir folletos. Hablábamos de cosas referentes a la propaganda. Me pareció muy inteligente. ¿Quién era? Nunca le había preguntado su nombre.

Un día vino, acompañada por un voluminoso joven rubio, mofletudo, que tenía el aire muy regocijado. Me lo presentó como su marido, Alberto Metin. Los dos formaban parte del "Grupo de los Estudiantes socialistas revolucionarios".

A continuación Metin adquirió la costumbre de venir a charlar, pero yo le encontraba mucho más superficial e inferior que su mujer.

Pareció querer interesarse por el periódico. Un día me preguntó en qué situación estaba. Le dí la respuesta habitual: "financieramente hubiera podido ser más brillante".

—Esto no puede continuar así, me dijo, con tono resuelto. Voy a tratar de encontrar suscriptores. En mi círculo prometo encontrarle por lo menos 40 francos por mes.

Por lo demás le enviaré artículos. Deme los diarios ingleses, flamencos, españoles, italianos, le sacaré del "movimiento social". Es necesario que "Les Temps Nouveaux" marchen.

Le hice un paquete de todos los diarios últimamente llegados, felicitándome de haber encontrado un colaborador tan activo.

Pasaron tres o cuatro semanas. Volvió trayéndome los diarios, pero nada de artículos ni de movimientosocial. Sus ocupaciones no le permitían ya realizar el trabajo prometido. En cuanto a las suscripciones mensuales no dijo esta boca es mía.

Supe poco más tarde que había sido nombrado para la cátedra de historia, en el Hotel-de-Ville, en reemplazo de Luis Ménard.

En el invierno siguiente le encontré en el curso de Manouvrier, en la Escuela de Antropología. Lleno de infulas me preguntó, con gran condescendencia, cómo iba el movimiento, de un modo desapasionado, como alquien que vé la cosa de muy alto y, sobre todo, desde muy lejos.

No le volví a ver más. Habiendo obtenido una beca de viajes, visitó a Australia y las islas de Aletaux. El viaje era de 6 meses. Escribió acerca de él, dos libros.

* * *

Entre los originales que vinieron a probar la anarquía, conviene citar a Zo d'Axa. He olvidado su verdadero nombre. Era, parece, el hijo de uno de los altos funcionarios de la compañía de Orleans.

Fué en los medios literarios de Montmartre donde hizo su aparición y comenzó a hacerse notar en algunos restringidos cenáculos en los que anunció su intención de publicar un periódico.

Zo d'Axa no quería parecerse a todo el mundo. Testimonio lo es el nombre de guerra que había elegido. Lo demostraba igualmente por el corte de su indumentaria que le daba la apariencia de un mosquetero.

En lo que concierne al periódico que debía aparecer estaba perplejo. Fué Ritzerfeld, que frecuéntaba esos círculos, quien me lo dijo — ¿sería realista o anarquista? Grave problema. ¡Era necesario asombrar a las gentes! Axa se inclinaba por el realismo. Y eso estaba encuadrado en su carácter. Era un aristócrata por temperamento. Su medio terminó pordecidirlo por la anarquía. Pero, para deslumbrar más, su periódico se llamaría "L'Endehors".

Estaba bien hecho y tuvo una carrera de cerca de tres años. Algunos jóvenes literatos, de los que varios eran bastante mediocres, se ensayaron en la anarquía. Pero hubo muy buenos artículos.

Para el primer número, D'Axa ocupó la mitad de la primera plana para proclamar los aforismos siguientes.

LOS INTENSIVOS

ZO D'AXA LAS FASES
¡SOBERBIO! ¡COMENZAR LA OBRA
ES LA PASION
SE CREE
PENOSO! CONTINUARLA
ES EL TRABAJO
SE DUDA
¡HABIL! TERMINARLA
ES EL ARTE
SE MIENTE

Zo d'Axa estaba desengañado antes de haber comenzado.

Perseguido por no sé qué artículo, prefirió viajar antes que aceptar la hospitalidad que le ofrecía la "justicia" de su país. ¡Fué arrestado en Jerusalén en virtud de las "Capitulaciones" de 1778! Traido a París y encarcelado en Santa Pelagia, escribió un libro sobre su odisea, el que apareció bajo el título de "Sur le Trimard", luego bajo este otro "De Mazas a Jerusalén".

En 1897 publicó, en forma de hojas volantes, un panfleto titulado "La Hoja", que tenía una página de texto y otra de ilustraciones, un dibujo en color, que proporcionaron Steinlen, Luce, Herman-Paul o Villette... Tiró 25 números. D'Axa desapareció de la circulación.

* * *

Siguiendo a Malatesta había venido a París un joven camarada griego llamado A. Era un muchacho sencillo, pero sentía una admiración fanática hacía Malatesta. A su lado, en la manifestación del Pére Lachaise, saltó al cuello de los sargentos que detuvieron a Malatesta. Por supuesto fué igualmente arrestado y expulsado. Pero halló el medio de volver, encontrando trabajo en una imprenta.

Había vivido con Cafiero. Fué él quien me narró las dos historias siguientes:

Cafiero criaba gallinas. Su gallinero estaba munido de una puerta bastante grande para que pudiesen entrar y salir del gallinero a voluntad. Pero un día Cafiero advirtió que los polluelos no tenían puerta para ellos. A todo precio fué necesario hacer una más pequeña para el caso.

Sé que se ha dicho algo semejante de Newton. Sólo que en este caso se trataba de gatos. Pero, seguramente, A. no debía conocerla. Narraba lo que había visto.

La segunda historia se refería al tiempo en que Cafiero fué arrestado junto con Malatesta y algunos otros con motivo de la insurrección de Benevento.

Los primeros días del arresto se les había alojado en la misma celda. Pero, más tarde, vino la orden de separarlos.

Ahora bien, para pasar el tiempo, habían hecho un juego de ajedrez. Con la miga de pan, habían modelado torres, obispos, caballeros, peones, etc.

Cuando vinieron para separarlos, el juego de ajedrez fué confiado a Cafiero. Pero para protestar contra su separación se comprometieron a hacer, cada uno por su lado, la huelga del hambre, hasta que se les reuniera de nuevo.

Mantuvieron tan bien su palabra, que se vieron forzados a alojarlos juntos otra vez. Cuando la vida tomó su curso normal entre ellos, alguien propuso hacer una partida de ajedrez. Cafiero no tuvo inconveniente en presentar la tabla, pero, con tono penoso, tuvo que confesar que, impulsado por el hambre, se había tragado todo: reina, reyes, torres, obispos, caballeros, hasta los peones habían pasado por su gaznate.

* * *

Un día, en compañía de Reclús, había ido a hacer una visita a León Claudel que residía en Suresnes, donde en esa época, vivía también Reclús.

Toda la familia Claudel era interesante y de carácter campechano.

En el curso de la conversación, Claudel nos narró que, cuando vino a París — era joven entonces — no se dió descanso hasta que fué presentado a Víctor Hugo, entonces objeto de su gran admiración.

Fué invitado a comer a la casa del Dios. Ahora bien, parece que no se le debía contradecir nunca al "Maestro"! Cuando había hablado no quedaba más remedio que inclinarse. Pero hete aquí que, en el curso de la comida, Claudel, como verdadero desordenado que era, emitió una opinión que diferia un poco de la del gran hombre.

Ante semejante blasfemia, Lockroy y Meurice — si mis recuerdos son exactos — que estaban sentados a cada lado de Hugo, intentaron levantarse para coger al blasfemo y expulsarlo. Pero, magnánimo — como la torre Magna, en Nimes, — el Maestro hizo un gesto a los dos prefectos de policía de que perdonaba al joven imprudente quien, sin duda, no había pecado sino por ignorancia.

Claudel se salvó de la ignominia de ser puesto de patitas en la calle. Pero, bajo las miradas de indignación con que le fusilaban los asistentes, pasó el resto de la comida bastante incómodo.

* * *

En el 94, durante el período de los arrestos, una mañana muy temprano, Ajalbert oyó golpear a su puerta. ¿Quién podía venir a esa hora? ¿La policía? Se podía esperar tal cosa en aquella época. Fué a abrir y se halló en presencia de un individuo miserable, legañoso, quien, llevándose el dedo a los labios, le susurró: "Chist! chist! es por la propaganda".

—¿Qué pasa? — preguntó Ajalbert.

—¡Chist! ¡chist! es por la propaganda.

—Pero, en fin, ¿de qué se trata?, reiteró Ajalbert, que empezaba a preguntarse si no tenía que habérselas con un maniático.

El otro terminó al fin por murmurarle que le enviaba Paterne Berrichon, quien le esperaba en los fosos de las fortificaciones, muy cerca de allí. Y le pedía a Ajalbert que tuviera a bien enviarle algunos fondos.

—Es por la propaganda, concluyó el emisario.

A propósito de lo mismo voy a traer a colación lo que sigue:

Un día conocí a un empleado que se ganaba bien la vida y se dejaba "sablear" fácilmente.

Cuando intimamos más me contó que muchas veces Paterne había ido a visitarle de mi parte, solicitándole alguna suscripción para "Le Révolté!".

En aquel entonces no conocía ni al camarada ni a Paterne.

* * *

Un día vino a verme una anciana dama rusa llamada Mansouroff.

Convertida a las ideas por el neomaltusianismo había estado ya en relaciones con Robin. Pero, a juzgar por lo que me pareció, era un poco desconfiada, resultando de ello, quizás, que las relaciones carecieron de un poco de flexibilidad. Por su parte, Robín era, a veces, bastante parecido a un bastón nudoso y... la armonía no duró mucho tiempo entre los dos.

No le oculté que el neomaltusianismo no tenía nada que me apasionara hasta el punto en que nos lo presentaban los que lo defendían. Ella no insistió. Me entregó mil francos para editar en

ruso "*La sociedad moribunda*", que le gustaba mucho. Luego, una y otra vez fué donando diversas sumas que alcanzaron en conjunto a cerca de 4.000 francos.

Me habló del propósito que tenía de dejar su fortuna para fundar una colonia anarquista en su villa de Menton, donde yo había ido a pasar unas semanas para restablecerme de una pneumonía que me había dejado bastante abatido. Fué esta estada la que le sirvió a Gohier para acusarme de ir a vivir como un sibarita a la Cote D'Azur.

Pero a quién eligiría como herederos, para estar segura que cumplirían exactamente sus votos? Le nombré a Kropotkin, Reclús, Malatesta, Domela Nieuwenhuis. Con ellos podía estar segura que el dinero no sería desviado de su destino.

Al día siguiente un camarada que le había servido de factótum — era del círculo de Robin — vino a decirme que, seriamente enferma había sido secuestrada por su familia en su villa. Que haría bien en ir a verla.

Por azar podía disponer de algún dinero para el viaje que me alcanzaba para dos o tres días; tomé, pues, el tren y bajé en Menton. Consintieron en permitirme la entrada para conversar con ella. La encontré acostada sobre un colchón tirado en el suelo. A su lado estaban, igualmente acostadas, enteramente vestidas, dos sirvientas italianas.

Me dijo que sufría horriblemente y que sólo tenía un deseo: terminar con su vida. ¿Podía yo, acaso, procurarla algún veneno que la matara sin sufrir?

Me dió muchísima pena. Si en mi poder hubiera estado, creo que habría accedido a su deseo. En el curso de la conversación se excusó de no poder hacer nada por la propaganda. "Ellos" no le dejaban nada.

Le dije que no se atormentara por la cosa. Sólo había venido para saber si podía serle útil en lo que fuera. Podía disponer de mí.

No le podía ser útil en nada. Volví allí al día siguiente, pero no me permitieron entrar. No tenía sino una cosa que hacer: volver a tomar el tren.

Algunas semanas más tarde el mismo camarada me enteró que había muerto. El consulado ruso había trabado embargo sobre todo lo que dejaba. Si hubiese dejado un testamento no se le hubiera tomado en cuenta.

Según el mismo camarada, que la había tratado mucho, su fortuna debía ascender a un millón de rublos.

* * *

Un día recibí de un camarada de América un ejemplar del diario "The World" conteniendo el relato abracadabrante de una sedicente visita que me habría hecho un grupo de millonarios americanos. Los títulos rezaban así:

AMERICAN LADIES
IN PARIS SLUMS

MR. AND MRS. PERRY BELMONT RESPONSIBLE FOR A NEW FAD ON THE FRENCH METROPOLIS

JEAN GRAVE, THE ANARCHIST AUTHOR, ADMINISTERS A STIGING REBUKE TO YOUNG BRADLER MARTIN

Lo que puede traducirse así:

Damas americanas en los tugurios de París. — Mr. and Mme. Percy Belmont envueltos en la última nota sensacional de la metrópoli francesa.— Reprendidos por los fuera de la ley.— Jean Grave, el autor anarquista, envía a paseo al joven Bradley Martín.

Después seguía el relato de la pretendida visita. Recorté y me limito a traducir lo que tiene atigencia solamente con la sedicente visita al periódico:

"...Mme. Goelet, Mme. Ogden, Miss May Goelet y Mme. Armour, con varios policías y dos polizontes visitaron la sórdida calle Mouffetard y encontraron al célebre escritor anarquista Jean Grave escribiendo en su cuchitril. Ordenó a los visitantes que se retiraran de inmediato amenazando disparar, aun sobre los policías, si no despejaban enseguida.

El joven Bradley trató de calmar al viejo escritor, diciendo con tono protector: "Buen hombre, tome 50 francos y hablemos de sus ideas y de sus proyectos".

"¡No quiero su dinero!", gritó Jean, y no se me dirija con el mote de "buen hombre". Si usted no fuera un imbécil comprendería que este comportamiento para un viejo trabajador que ha educado a una familia de diez hijos con el trabajo de sus manos y ha escrito veinte volúmenes para la enseñanza de sus camaradas, es absurdo procediendo de un jovenzuelo canalla como usted que no ha reflexionado jamás seriamente en toda su vida".

Escribí al "'World" para decirle que su historia era un cuento de aquellos que hacen dormir parado. Pero nunca supe ni oí decir que hubiera desmentido este artículo.

* * *

Hacía lo que me era posible por incitar a los camaradas para que distribuyeran lo que no se vendía, pero sin resultados muy positivos que digamos.

Cuando con algunos camaradas que solían venir a la oficina, organizábamos algún paseo al campo, llevábamos paquetes que deslizábamos en los buzones o los clavábamos en los árboles o en los postes del telégrafo del camino.

Para intrigar a las gentes hacía con los periódicos o los folletos, rollos envueltos en papel de color.

Un domingo acompañé a Benoit, mi pariente de la calle Mouffetard, que iba a ver a su hija convaleciente en casa de unos campesinos. Llevamos una provisión de viejos números del periódico y algunos folletos que, conscientemente, colgamos en los árboles del camino. El lugar a donde nos dirigíamos estaba bastante lejos de la estación.

Por lo noche, a nuestro regreso, en el compartimiento del vagón donde nos encontrábamos, vecinos caracterizados de la región, conversaban acerca del alud de la literatura revolucionaria que se había abatido sobre el país. Según ellos eso significaba que graves acontecimientos se acercaban.

Benoit y yo nos conteníamos a duras penas para no estallar de risa.

Otra vez, habiendo mi mujer y yo ido a pasar unos días a Vaux-de-Cernay, continuamos nuestra distribución en los árboles que hallábamos a nuestro paso. Pero me estoy yendo por los cerros de úbeda.

* * *

En una guarnición del Estado se hallaba un sargento llamado Guillón, quien varias veces me hizo enviar por encomienda folletos que distribuía a su alrededor.

Pero un día se le ocurrió al jefe del destacamento revisar el paquete; al ver el contenido dió aviso a la autoridad militar denunciando a Guillón que fué arrestado al ir a retirar la encamienda. Pero su arresto produjo un golpe de rechazo. Se hicieron perquisiones en el equipaje de los hombres de la compañía de Guillón. En el de un soldado llamado Dubois-Desaulle se encontró un diario personal en el que su autor se entretenía escribiendo acerca de las autoridades militares, que salían muy mal paradas en él.

Fué bastante para enviarlo al batallón de disciplina.

En cuanto a Guillón, como se me había dado noticia de su arresto, había podido hacer un poco de ruído en la prensa. Se limitaron a juzgarle ante un consejo de familia y a enviarlo a terminar los seis meses de servicio que le faltaban por cumplir, a un regimiento de Africa.

Pero en lo que concierne a Dubois-Desaulle sólo cuando éste desertó del batallón de disciplina al que había sido enviado por un consejo de guerra, fué cuando vino a verme su madre. Me contó que su hijo le había rogado que me viera. pero que habiendo gestionado "influencias" se le había aconsejado que no hiciera ruído alguno alrededor del asunto, prometiéndole obtener indulgencia de la autoridad para con su hijo.

Ya que con eso no había logrado nada, venía a verme para saber si yo podía hacer algo.

Por mí mismo, nada. Pero teníamos amigos en la prensa. Fuí a ver a Severine para preguntarle si quería iniciar una campaña en ese sentido.

Severine me dijo: Una campaña en la prensa tiene pocas probabilidades de ser beneficiosa al que usted quiere salvar. Por otra parte, el gabinete Bourgeois, que acaba de constituirse, me ha pedido que lo apoye. Le pediré como recompensa la gracia de Dubois-Desaulle.

A más del delito de deserción, este último había huído con el uniforme y sus accesorios.

Había sido capturado e iba a ser juzgado por un consejo de guerra.

"El presidente del consejo — me dijo poco después, Mme. Desaull — fué enteramente paternal, contestando casi él mismo las preguntas que formulaba al reo. En cuanto al comisario del gobierno no se había visto nunca uno tan humano. La intervención de Severine había producido su efecto.

Absuelto, Dubois-Desaulle fué nombrado bibliotecario en un regimiento donde terminó su tiempo de servicio.

Cuando se le licenció, publicó en lo de Stock un volumen que trataba de los batallones de disciplina "Sous la Casaque". Luego, en la "Revue Blanche": "Camisarde, Peaux de Lapins, et Cocos".

Habiendo entrado a formar parte de una caravana de exploraciones organizada por un llamado Mc-Millán, pereció en una emboscada en la costa de la Somalia, por donde se había aventurado, sin armas, lejos de sus compañeros, pese a todas las recomendaciones.

* * *

Por medio de Quillard, Clemenceau me había mandado decir que emprendería gustoso una campaña de interpelaciones en el Senado contra las actividades policiacas de que eran víctimas los anarquistas a quienes se había colocado, arbitrariamente, bajo la vigilancia de la policía.

Varias veces había publicado cartas de camaradas quejándose de que los policías iban a ver a sus patrones y les denunciaban como anarquistas, con lo que les hacían perder el empleo. Entre otros, un camarada de Lyón me había escrito que los polizontes se habían presentado hasta en la escuela donde iban sus hijos.

Anuncié en el periódico que se presentaba una excelente ocasión para iniciar una campaña seria contra las actividades policiacas, si se me suministraban hechos. Apenas si recibí dos o tres respuestas insignificantes. La campaña no pudo verificarse.

No obstante, los hechos señalados antes eran exactos y muchos otros de cáracter similar tenían lugar todos los días.

Esta vigilancia, por otra parte, se llevaba a cabo de una manera enteramente administrativa. En lo de Méreaux, estando su mujer en buenas relaciones con la portera, era ella la que casi siempre recibía a los policías.

En lo que se refiere a Dénéchere, uno de nuestros administradores, en la época en que se procedió a los arrestos de anarquistas, cuando la visita del Zar, hacía ya tres meses que se había mudado cuando los gendarmes se presentaron para arrestarlo.

* * *

En "Malfaiteurs" había tenido la humorada de introducir a Gohier bajo el nombre de Rougier, —pequeña venganza, — y de exponer allí su mala fe, añadiendo algunas reflexiones sobre la facilidad de los que, sabiendo que mentían, no trepidaban en colaborar a su lado.

Considero, en efecto, que el hecho de colaborar en un diario le hace a uno solidario con los manejos del mismo. Si uno de sus redactores recurre a la calumnia o el chantage, uno se hace su cómplice dejando figurar su nombre en las mismas columnas. Toda la redacción se hace solidaria con aquél al no protestar.

Siempre he pensado así. Aun mucho antes de mi disputa con Gohier. Si los periodistas tuviesen un poco más de cuidado por su dignidad, no tendríamos la prensa podrida que tenemos.

"Malfaiteurs" había aparecido ya no sabía cuánto tiempo hacía, cuando un buen día leí en "L'Aurore" una note furibunda firmada por un anarquista que colaboraba allí, y que me quería tragar

crudo. Decía que no iba a perder su subsistencia por mí, e injuriar a su amigo Vaughan, que era un padre para sus colaboradores. El todo condimentado con numerosas injurias para mí y las más hiperbólicas lisonjas para Vaughan.

¡Era un acceso de hiel que reventaba!

Iba a corregir las pruebas del número de la semana cuando leí eso. Acordándome de un artículo de Rochefort — artículo espiritual, aunque injusto y malo — redacté una media docena de líneas que intitulé: "Explosión de un horno".

Lo más risible del asunto es que, al redactar las líneas que habían producido tan mal efecto sobre los nervios del "camarada", estaba a cien leguas de pensar en él; había una cantidad demasiado despreciable en "L'Aurore" para que su intervención en el affaire pudiese haber tenido algún alcance. Yo había encarado la idea desde un punto de vista general. Sin cuidarme de los individuos. Pero como dice el proverbio: "El que se sienta descalabrado que se ponga la venda".

* * *

Entre las divagaciones que suscita la idea anarquista en ciertos cerebros "inestables", es necesario citar a los "naturistas". Pretendían que la civilización era la causa de la miseria, de las enfermedades, de la autoridad, de la explotación y de toda clase de males. Radicales en su desprecio por esta civilización nefasta, pretendían que el único remedio consitía en la vuelta al estado natural, cubrirse con la piel de las bestias y alimentarse con los frutos, raíces y granos que la tierra suministraba generosamente sin que se la atormentara. Llegaban hasta el punto de proscribir la cultura. ¡Todo brotaba en abundancia, no había más que recoger!

El promotor de esta nueva escuela era un individuo llamado Gravelle, un dibujante que ponía su lápiz al servicio de su causa. Tengo ante mí el emblema de una de sus circulares. Representa por un lado al hombre civilizado; hay tres especies: dos hombres y una mujer. Esta endeble y flacucha. Uno de los hombres es ventrudo, el otro un joven gomoso; todos ellos miran con asombro a dos hombres de la naturaleza, abrigados con pieles de bestias y que les sobrepasan en estatura con cabeza y hombros.

Su propaganda no tuvo nunca gran difusión. He oído decir que un propietario de Cantal se había adherido a su doctrina y les donó un terreno para que practicaran allí la "vida natural" ¿En qué medida fué ensayado esto? Jamás lo he sabido. En todo caso fué un fracaso, pues no se hablaba ya de ellos cuando estalló la guerra.

Hoy son reemplazados por los partidarios del vegetarismo. Que en el sistema vegetariano haya principios excelentes, nadie lo duda; pero cuando se lleva, en forma sistemática, al absurdo, deviene una necedad.

* * *

Es de uno de los literatos que durante cierto tiempo nos prestaron su concurso, y que era redactor en el "Journal" del que recuerdo la anécdota siguiente:

Un día, en las oficinas de aquel diario, estando presentes los hijos Letellier, se hablaba de los novelistas que, a veces, habiendo trabajado años en un libro, tienen que andar de la ceca a la meca para que la prensa hable de su obra, viéndose forzados, a veces, a pagar por eso; mientras que el recién venido no tenía más que emborronar un mal acto para que toda la prensa hablara de él, si lograba representar.

—Eso es perfectamente cierto, dijo Letellier, quedando un rato pnsativo... "¡hay que tratar de hallar un medio de hacerles pagar!

Como ya lo he dicho, la mayor parte de los artistas fué muy generosa para con nosotros. Ya he mencionado lo que hizo Pisarro por el periódico. Quillard, Herold, Maquin nos ayudaron mucho. Y no hablo sino de los más conocidos.

Pero debo hacer un lugar aparte para Luce. Ante todo debo a él el haber conocido a los otros artistas y a algunos de los literatos.

Siempre pronto a prestar un servicio, se le podía pedir no importa qué; se hubiera puesto en cuatro patas por satisfacer a uno. Siempre listo para medir con sus pies la mitad de París si se le encargaba de alguna cosa.

Y, lo que es más raro, nunca le oí hacer la menor crítica en contra de sus colegas. Al contrario, asumía siempre su defensa cuando alguien se aventuraba a pegarles algunos palos críticos aun cuando el atacado no fuera uno de sus amigos.

* * *

Hacia 1908 ó 1909 me pusieron en relación con un grupo de jóvenes chinos deseosos de aportar, desde el exterior, su concurso a todos los camaradas que trabajaban en preparar la revolución en China.

Habían hecho traer caracteres chinos y se proponían publicar un periódico destinado a ser expedido a China y a las diversas asociaciones chinas diseminadas en diferentes puntos del globo.

Su periódico debía llamarse "Los Tiempos Nuevos". Me pidieron que les dejara utilizar la dirección de la calle Broca y les permitiera recibir na gana.

Estoy persuadido de que contribuyeron en una buena parte al éxito de la revolución que puso fin al viejo régimen chino. La mayor parte partió para China cuando estalló la revolución. Su periódico cesó de aparecer.

Allá lejos tomaron parte en los acontecimientos. Algunos, me parece, se extraviaron en la política. Pero su trabajo anterior no quedó en agua de borrajas.

Existe ahora una vigorosa corriente anarquista entre los jóvenes chinos. Después y durante la guerra europea no han cesado de publicar periódicos o revistas anarquistas — algunos de ellos en esperanto — ora en Cantón, ora en Shanghai, ya en otras ciudades chinas. Y esto a pesar de las persecuciones de las autoridades.

Durante algún tiempo se publicó "La Voco del Popolo", en Francia.

Un grupo que editó "Los Tiempos Nuevos" en chino, publicó igualmente dos números de una revista lujosamente ilustrada que tenía por fin vulgarizar en China las ciencias e ideas de Europa.

* * *

Entre las personas de toda clase que pasaron por el periódico, no dejó de sorprenderme el recibir un día la visita del conde de Janville, el hijo de Gyp. Me afirmó que era anarquista y se suscribió al periódico por... seis meses que, por otra parte, se olvidó de renovar.

Habiéndole expresado en el curso de la conversación, el deseo de leer un libro de su madre, "Le Petit Bob", lo recibí con una dedicatoria de la autora.

MI CHOZA

En un departamento lejano. Una pequeña propiedad que no decora ningún globo de vida, ni el menor kiosco japonés, ni la inevitable fuente de rocallas con su amor desnudo de yeso mugriento y su impúdico chorro de agua que cae sin intermitencia sobre las arandelas del zinc.

Sencilla y rústica está situada una choza, como una habitación de guardia, a la orilla de un lindo bosque de hayas cuyas verduras se rizan al sol, y ante ella se extienden, cerrando el horizonte, campos totalmente verdes, cortados por altos vallados.

Una viña circunda de alegres festones y delicados ribetes; algunos jazmines, entre los cuales se mezclan rosas trepadoras, tapizan su fachada de ladrillos oscuros. El jardín, cerrado con tablas horadadas y musgosas, es tan pequeño, que en las avenidas bordadas de boj y de tomillo, dos caracoles podrían difícilmente arrastrarse, uno al lado del otro. Pero ¿que me importan la pobreza y la estrechez de ese demonio? ¿No son míos esos campos y esos bosques cantores y ese cielo que raya continuamente el vuelo fantasista de los martinetes? ¿Que necesidad tengo de pedir a las cosas otro goce que el de su presencia, es decir, su belleza y su perfume?

Muy cerca de ahí, en un lecho profundo y pedregoso, corre un arroyuelo, de agua verdecida bajo la espesa bóveda de los alisos entrelazados. Percibo los techos rosados de la granja vecina, a través de los ojaranzos de tronco deforme y rechoncho; y las vacas pacen, el hocico hundido en la hierba, y el rebaño de carneros se entretiene a lo largo de la cercana ruta, trepando en las escarpas roídas, bajo la guardia del perro pastor.

¡Ah! que bien voy a encontrarme allí, en ese pequeño rincón perdido, embalsamado de los olores de la tierra reverdeciente! No más luchas con los hombres, no más odio, el odio que tritura los corazones, solo el amor, ese gran amor que desciende de las noches pacificadas y que mece, como una canción materna, la canción del viento en los árboles! "¿Por qué odiar?" —dice la canción. ¿No sabes pués lo que son los hombres? que dolores los roen y los hacen sangrar, a los ricos y a los pobres, al vagabundo que, el vientre hambriento, se ha dormido a la orilla del camino, y al voluptuoso que se revuelca, harto, bajo las cortinas perfumadas! No odies a nadie, ni siquiera al malo. Compadécele, porque no conocerá jamás el único goce que consuela la vida: hacer el bien."

Por consiguiente, estoy instalado en mi choza, melancólico veraneante. Como compañeros no tengo más que un perro arisco y enlodado, los pájaros del bosque y un viejo aldeano. Un día lo vi rondando la casa, deslizar hacia mí una mirada oblicua. Pasó. El día siguiente volvió y empezó el mismo manejo; el tercer día, se aventuró a penetrar en el cercado.

Entonces ¿eso marcha? me dijo quitándose del cráneo un gorro de lana chamuscado por más de veinte soles.

—Pero sí, mi buen hombre, contesté.

—Bueno, tá bien, tá bien!

Enderezó el enverjado, una ramita de jazmín que pendía.

—¿Y... entonces, se dice que venís de París?

—Pero sí.

—Bueno, tá bien, tá bien!

Volvióse con su paso arrecido y su andar pesado de viejo campesino claudicante.

Todas las noches, cuando el sol baja detrás de la colina, viene a sentarse sobre el banco, delante de mi puerta, y mientras yo, soñador, dejo vagar mi pensamiento a través de "la serenidad dolorida del poniente", él mece la cabeza, sin pronunciar jamás una palabra.

*
* *

Hace algunas semanas me he adjuntado otro compañero: el tío Ravenel, que viene a limpiar el jardín, vigilar los árboles, plantar las legumbres.

El tío Ravenel tiene sesenta y dos años. De estatura mediana, un poco encorvado, anda lentamente con el paso mesurado de los viejos sembradores. Su cabeza es soberbia, toda llena de rasgos acentuados, de arrugas, poderosa, cuadrada y coronada de cabellos rudos, cuyos mechones desiguales y encanecidos le cubren la frente hasta las cejas. Su cuerpo está torcido como un antiguo tronco de roble, contra el cual siempre se ha encarnizado el viento. Bajo su vestidura remendada se vé puntear las apófisis de sus huesos, abollarse los nudos de sus músculos como si fueran a crecerle ramas, sus ojos no reflejan sino la nube que pasa: ningún dolor, ninguna decepción, ningún pensamiento alcanzan a sus enigmáticas pupilas, que la resignación y el silencio han hecho semejantes a aquella de los animales domésticos. Sus ademanes son lentos, graves, amplios como el horizonte, altos como el cielo, religiosos y sagrados como un misterio de creación.

Es un borracho.

Casi siempre ebrio, marcha lo mismo, zanjeando por aquí, rodeando por allá. Pero no es fácil realizar el trabajo, frente a la bebida. Si no bebiera, habría adquirido un pequeño peculio y estaría hoy con holgura.

Como muchos otros, menos diestros que él para todo género de cosas, tendría una casa con un jardín al frente y un campo a la espalda, gallinas, patos, conejos y quizás una vaca, y engordaría un cerdo cada año. Ahora podría descansar, divirtiéndose en ayudar a los vecinos cuando llegara la estación de la cidra. En lugar de eso, no posee ni casa ni campo, ni gallinas, ni nada de nada. Tiene que ir a trabajar por jornal a casa de unos y de otros, hortelaneando, carpinteando, terraplenando, albañileando y ganando penosamente su peso diario, su sopa de tocino y su jarro de cidra. Sabe todo eso y no sufre por ello. Por otra parte, no es culpa suya. Es por culpa de su segunda mujer. Porque el tío Ravenel, viudo a los cuarenta y ocho años, y aburriéndose de ocuparse el mismo del manejo de su casa, ha vuelto a casarse un buen día.

—¡Sí, bestia, bestia, bestia! exclama trayendo a su memoria los recuerdos de antaño, del tiempo de su primera mujer.

*
* *

Llega todas las mañanas a las seis, habiendo bebido ya y hediendo a aguardiente.

—Y bien, tío Ravenel. ¿Estáis borracho todavía?

Sí!... Sí!... contesta el buen hombre, rascándose la cabeza... Una copita! Sí, he bebido una copita!

Tropieza, y su labio cuelga, flojo y untado de saliva. Aún en esos momentos, sus ojos quedan impasibles, sin una luz de exitación cerebral, sin un reflejo de ebriedad.

—A vuestra edad, tío Ravenel... ¿no tenéis vergüenza?

—Sí!... Sí!... Voy a deciros... Es mi mujer... mi segunda mujer... Esa zorra! esa ramera!... Porque mi primera mujer que era una santa... una santa... debiérais haberla conocido... una santa de Dios!

Y llora arrancándose los cabellos.

—Una santa!... una verdadera santa!...

Ha muerto por culpa de un chancho que caía del alto mal...

—Sí, ya sé, conozco la historia... Id a acostaros... Hariáis mejor en dormir.

—¡No!... ¡no!... Tengo que deciros... He bebido una copita! es cierto... pero tengo que deciros....! Teníamos un chancho, un hermoso chancho!... Crecía bien, comía bien... Entonces, ¡que me ahogue si miento! he ahí que cae del *alto mal*... como una persona, como un burgués... casi, casi como un cristiano... Se revolcaba, se retorcía, echaba espuma... En fin, no era más un chancho... era... era... ¡ya no era nada!... Y después reventó... Mi primera mujer dijo: "Vamos a comerlo, no hay que perder esa carne". Yo le dije: "Un chancho que cae del *alto mal*, es venenoso seguramente; hay que enterrarlo bien hondo, bien hondo..." Le daba lástima a mi primera mujer, enterrar tan linda carne como esa... ¿Por qué quieres que sea veneno?... me dice... Yo le digo "Habrá comido talvez no se sabe qué y le habrá dado sobre el estómago, y después sobre la cabeza... No es natural que un chancho caiga del *alto mal*. Mi primera mujer dijo: "De todos modos voy a guisar los pulmones". Le dije: "Guisa los pulmones si quieres, yo no como... ¡ju!... ¡ju!... ¡ju!..."

Y el tío Ravenel, a esos penosos recuerdos, solloza, se agita, y vuelve a decir:

—¡Que me ahogue con una horquilla, con una pala, con un taladro, si miento! Ya está mi primera comiendo los pulmones con patatas, y después entierro el chancho en el prado de maese Bothereau, al pie de un álamo... Ella estaba como usted, como yo, como todo el mundo... Pero hé aquí que al cabo de diez años, día por día, cae del *alto mal* como el chancho... Se tuerce, hecha espuma, grita y después muere... ¡Ni siquiera el tiempo de volverse y echarle un valde de agua en la cara! Tan cierto como Dios existe, y San José y la buena Virgen; al cabo de diez años, el chancho le había subido al vientre y después a la cabeza... ¡Eso la ahogó!... ¡Ju!... ¡Ju!...

—Entonces os habéis vuelto a casar, viejo picaron?

—¡Sí!... sí!... He tomado una segunda mujer... No es la misma cosa!... Ah! la canalla!... Ah! la ramera! Ella necesita del macho... Es peor que una gata, que una perra, que un gorrión!... Yo soy hombre de edad, como comprendéis... y después, nunca he sido dado a la malicia... Pero

ella necesita, no importa como! Quisiera que viérais eso!... A veces estoy bien quieto, no pienso en nada, seguramente... o bien entro cansado de la jornada: "Tío Ravenel, me dice, tengo el fuego en el cuerpo..." Y me mira con ojos que brillan como candiles. "No puedo, le digo, y no es mi idea a esta hora... "Pero me enardece, me empuja, me abraza: "No puedo", le digo todavía... "Entonces bebe una copa" me dice... Bebo una copa, dos copas, tres copas: "¿Estás listo?" me pregunta. No, no estoy listo, le contesto... "Eres un inútil" — me dice.

"Eres una sucia", le contesto... y un bofeton por aquí, y un bofetón por allá... eso concluye siempre por zurradas... Entonces vuelvo a beber una copa, dos copas, tres copas... ¡Ju!... ¡Ju!... ¡Ju!... Esas cosas me matan, como lo pensáis bien!

Al día siguiente de sus embriagueces, el tío Ravenel anda como en un sueño. No comprende nada de lo que se le pregunta. Sus ojos ensanchados y más redondos parecen abrirse sobre insondables profundidades.

—Decid pués, tío Ravenel, sería necesario poner un orillo al vallado.

—¡Ah! sí!... ¡un orillo!...

—¿Habéis comprendido?

—No!... ¡un orillo!... ¡un orillo!

—¿Pero sabéis bien lo que es un orillo?

—¡Un orillo!... Sí...

—¿Entonces vais a poner uno al vallado?

—¿El vallado?

—¿Habéis comprendido?

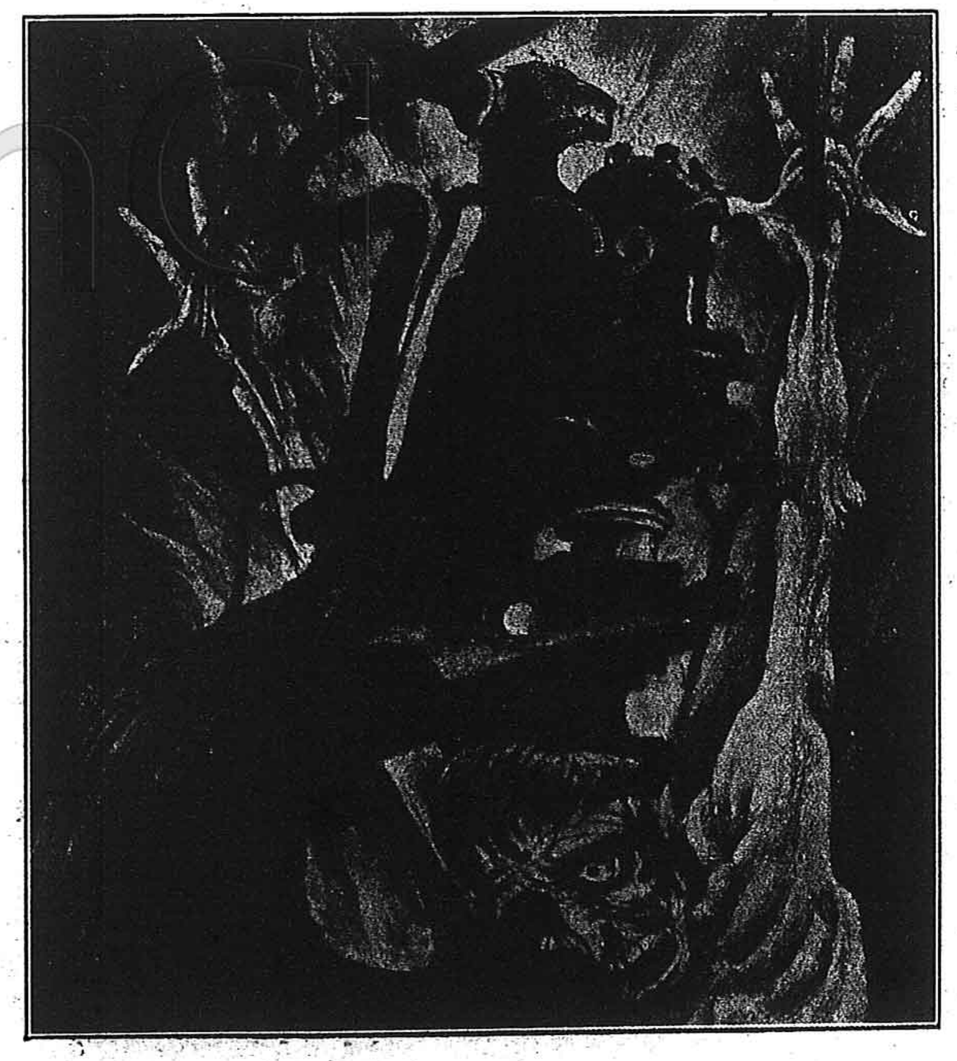
—No...

Con un paso lento, se va al jardín, toma su azada, cruza los brazos sobre la azada, mira el vuelo de los pájaros y el estremecimiento de las hojas en la brisa... Repite:

—¡Un orillo!... ¡El vallado!

Ninguna idea entra en su viejo cráneo obstinado y endurecido, y su rostro, cuyos ángulos se acentúan, toma un aspecto de severidad implacable, una belleza plástica, una escultural nobleza, que harían a un poeta al pasar: "He ahí el Dios de la Tierra!"

OCTAVIO MIRBEAU



SPARTACO ACRATE:

La "Carta del Lavoro" del fascismo

El fascismo, en realidad, no es más que el triunfo de la violencia más autoritaria y brutal, sin la cual no existiría y fuera de la cual no tiene nada que merezca ser estudiado. Aquel poco de presunta "ideología" que ostenta y sobre lo cual se podría discutir, es materia vieja que pertenece a las antiguas teorías despóticas y absolutistas o a las más recientes del imperialismo nacionalista, pero que han sido ampliamente discutidas y demostradas en toda su vacuidad e inconsistencia mucho antes que naciese el fascismo. Tampoco estas teorías, por lo demás, son más que la apología de la fuerza bruta y del derecho del más fuerte.

Hasta aquí el fascismo era débil, en principio nadie tomaba en serio sus razonamientos extravagantes, su retórica declamatoria y demagógica. Lo único serio en él era el garrote y el revólver, la destrucción y el incendio, a lo que se habría debido responder adecuada y orgánicamente con argumentos de la misma seriedad. Pero la discusión de sus teorías, cambiantes siempre de un día para el otro, era perfectamente inútil, y habría sido para el fascismo un honor que no merecía bajo ningún aspecto.

La victoria del fascismo en Italia ha tenido — sin embargo — también esta consecuencia, humillante para los vencidos, de imponer a éstos el examen de sus necesidades doctrinarias y pseudodoctrinarias. El éxito material tiene ventajas tales para los vencedores y por eso ¡ay de los vencidos! El caso es que, en un país donde solo una campana puede hacerse sentir, aunque esté cascada y estridente, acaba por imponerse. La gente poco a poco, a fuerza de oír decir en pleno mediodía que es noche profunda, acaba por dudar de la existencia del sol que le ciega; y se forma así una "opinión pública" de ciegos, no solo voluntarios sino inconscientes, a la cual hay que abrir los ojos, aun cuando es preciso para el que lo quiera hacer, una dosis no indiferente de paciencia y de resignación; aun cuando cueste una verdadera y propia humillación de espíritu, constreñidos a bajar a un nivel tan bajo para neutralizar en lo posible el veneno de la mentira y de la estupidez esparcido a manos llenas.

Ese efecto de la imbecilización con la mentira ininterrumpida — "el atiborramiento de los cráneos" como se decía durante la guerra — no se limita al país donde la infección es mantenida artificialmente con la supresión de toda libertad de combatirla con la razón; pero por la sugestión que ejerce todo éxito, aunque sea obtenido violentamente y deshonestamente, la infección se difunde mucho más allá de las fronteras de su foco, tanto más cuanto que fuera hay una predisposición a la infección por obra de la prensa industrializada que imbeciliza al mundo por cuenta de las varias oligarquías financieras dominantes. Así ciertos partos literarios del fascismo, ciertas construcciones ideológicas, ciertas pretensiones reformadoras, que harían reir a los pollos sin el poder material de sus autores y sin los redobles pagados o no de los adoradores del éxito a todo precio, son tomados en serio también por una cantidad de gente que en su fondo no es mala ni carece de un cierto buen sentido y que sobre todo tendría interés en poner diques a la invasión de esa especie de cretinización humana.

Nos ha ocurrido oír a más de uno decirnos misteriosamente "Sí, tenéis razón, los fascistas son delincuentes; pero tal o cual cosa, tomada en sí, no es como para desecharla del todo; hay algo de bueno". Oh, sí... una banda de ladrones os despoja, os muele a palos y os reduce al último instante de la vida, pero en el mismo tiempo, entre una apaleadura y otra, para prolongar vuestra agonía y para burlarse de vosotros, os mete en la boca un trozo de pan y os ofrece un caramelo; en el ofrecimiento ultrajante "hay algo de bueno": ¡no se puede negar! Pero quien tiene un poco de cerebro y de dignidad humana escupe en la cara a los propios verdugos el innoble ofrecimiento o al menos se ahorra un acto cualquiera de reconocimiento que sería villanía.

¿Pero hay verdaderamente algo "de bueno" en esta especie de *corbeille* adornada con cintas tricolores ofrecida por el Gran Consejo fascista del gobierno italiano, bajo nombre de Carta del Lavoro, al pueblo italiano oprimido y vilipendiado, en el día que simboliza el nacimiento de Roma y el primer fratricidio de la ciudad eterna? ¿Qué significa ese pretendido regalo a un proletariado enclavado en la cruz del peor martirio? ¿Es al menos un manantial de agua refrescante o más bien la esponja de amarga hiel acercada, con refinamiento de ternura, a los labios sedientos de libertad del gran crucificado?

Veamos lo que es esa "Carta del Lavoro", que en el interior sirve de excusa a los renegados para sus pactos con los asesinos del proletariado, y en el exterior se hace loar por los tartufos a lo Thomas y por todos los reaccionarios impacientes por cargar a las propias clases trabajadoras con las mismas cadenas bajo cuyo peso yace la clase obrera italiana. Dobleguémonos también nosotros al desagradable examen, fingiendo por un momento que tomamos en serio este otro indigesto refaccionamiento, esta especie de embarbizamiento demagógico exterior del gran sepulcro de todas las libertades que se ha vuelto Italia.

—

Comencemos diciendo que si se quitan al documento emanado del gobierno fascista el 21 de abril del año corriente todas las flores retóricas, todas las frases ampulosas que no significan nada, todas las afirmaciones genéricas interpretables en los sentidos más diversos y opuestos, es decir todo aquello que se substrae a toda discusión porque es imposible discutir sobre el vacío, lo que queda es una escasa escoria disgustante que no hace sino revelar una vez más el objetivo de sometimiento perseguido sin ambages por la tiranía fascista, en su doble aspecto de tiranía capitalista y de tiranía estatal.

Cuando se dice que la Nación tiene objetivos superiores a los de los individuos que la componen; que se realiza solo en el Estado fascista, y que sus objetivos se resumen en el bienestar de los productores y en el desarrollo de su potencia, todo eso no significa más que esto: que todas las actividades nacionales son pospuestas y subordinadas al único objetivo de mantener en el poder la autocracia fascista. ¡Nada más! el bienestar de los productores es frase vacía de sentido, pues sirve solo para enmascarar la realidad, aun olvidando por un momento que por "productores" se entienden también, y eso con preferencia, aquellos cuyo único trabajo consiste en explotar el trabajo de los trabajadores y en reservarse para sí, en el campo del consumo, todo el privilegio que la sociedad burguesa atribuye a los privilegiados de la riqueza.

Se habla allí de "objetivos unitarios" de la producción, que está enteramente fuera de la realidad, pues falta toda unidad en la caótica sociedad humana en que la producción tiene lugar. ¿Qué unidad de objetivos puede haber entre quien lo posee todo y el que no posee nada, entre el que puede disponer, gracias a la detentación del poder y de la riqueza, de la vida de la mayoría de los que nada tienen, y que por estar constreñidos por la fuerza a sufrir las condiciones de vida propias de los oprimidos y de los explotados no son dueños siquiera de la propia existencia?

Hay afirmaciones de hecho, en esta "Carta", además, que son mentiras cínicas y patentes. Leed aquella que en el tercer artículo proclama "libre" a la organización profesional y sindical, aun reservando el privilegio de representar los intereses de todas las categorías interesadas solo a las organizaciones fascistas y reconocidas por el gobierno facista. La reserva decapita, sin más, la libertad proclamada en palabras, pues con ella se quita a la organización llamada libre su principal razón de ser, que debería ser la de representar los intereses de los propios asociados. Pero en realidad tampoco esta libertad platónica y en sus tres cuartas partes inútil existe; pues la violencia estatal y fascista impide toda libertad de formarse y toda posibilidad de existencia también a aquellas asociaciones de hecho dispuestas a existir fuera del reconocimiento estatal, a vivaquear sin otra finalidad práctica que la de una mísera independencia.

A todas las organizaciones profesionales o sindicales libres, a las que se reconoce ahora en la "Carta" esta libertad, raquítica e indigna del nombre, de existir como Lázaro fuera de la mesa del Epulón, les ha sido quitada toda vida y hecho imposible toda formación concreta. Las organizaciones de toda especie, políticas o sindicales, de cultura o profesionales, de socorros mutuos y de simples diversiones, obreras y subversivas, neutrales o religiosas, etc., que no han hecho acto de sumisión pura y simple y sin condiciones al fascismo, han sido en gran parte destruídas en Italia, y disueltas y prohibidas. Alguna que no ha sido disuelta oficialmente, ha sido sofocada haciéndole imposible la existencia de un modo indirecto; y alguna otra que vive aún sin haberse adherido oficialmente al fascismo, no puede vivir sino a fuerza de transacciones y de humillaciones ante los jefes fascistas que se dignan tolerarlas. Es inútil decir que estas últimas son asociaciones muy distanciadas del proletariado, son asociaciones de la alta burguesía o del clericalismo más negro.

Pero en lo que se refiere a las "organizaciones sindicales libres", son prohibidas en realidad de un modo absoluto. Ultimamente en Milán se había propuesto resucitar la vieja y archireformista Confederazione del Lavoro, y los proponentes habían recibido alguna seguridad al respecto. Pues bien, todos los que habían participado en tales reuniones, incluso los anarquistas y los sindicalistas que habían ido para sostener una opinión contraria, han sido arrestados y encarcelados; algunos enviados a domicilio coatto y otros remitidos a proceso ante el tribunal fascista por atentado a la seguridad del Estado.

La única libertad que queda es la de permanecer desorganizados — y también ésta es alguna vez bastante problemática por cierto —, pero los desorganizados deben pagar lo mismo la cuota social a la organización fascista, la cual puede imponer a todos los trabajadores, según la "Carta del Lavoro", contribuciones en beneficio propio; y esto, lo repetimos, también a los desorganizados, o a los organizados en asociaciones diversas si las hubiese, y a los mismos antifascistas declarados.

Se habla en la "Carta" de subordinación de los patrones a los "intereses" superiores de la producción"; pero cuáles son y en qué consisten tales intereses no se explica de ningún modo. Pero la explicación es evidente: el interés superior de la producción coincide con el interés de la oligarquía financiera, industrial y latifundista, que deja el debido puesto en el banquete a los grandes personajes del gobierno fascista y de la administración estatal. Por ejemplo, actualmente el interés de la producción consiste... en la paralización de la producción con la revalorización artificial de la lira, que hace cerrar una gran cantidad de fábricas y echar a la calle decenas de millares de trabajadores, arruinando además una cantidad de pequeños comerciantes e industriales en beneficio de los grandes tiburones financieros.

El interés de la producción consistiría en producir la mayor cantidad de géneros de consumo y cosas útiles para el bienestar de todos; eso no es alcanzable en un régimen capitalista y estatal, que dilapida las riquezas produciendo material de guerra, sosteniendo artificialmente con el proteccionismo las industrias parasitarias, manteniendo elevados los precios de las cosas necesarias y bajos los salarios, cerrando las fábricas apenas la concurrencia obliga a rebajar el costo de los consumos, etc. Por ejemplo, se substrae una cantidad enorme de tierra fértil al cultivo del grano, para producir remolacha para el azúcar, que podría ser adquirida a mucho mejor precio en el exterior; y así hay que hacer pagar más el azú-

car en el interior y renunciar al mismo tiempo a una mayor producción triguera: lo cual, en cambio, obliga a gastar sumas más grandes para adquirir en el exterior mucho trigo que podría ser producido en mucho mejores condiciones en el país.

La "Carta del Lavoro" promete la igualdad "jurídica" entre los patrones y los trabajadores. ¿Qué significa una igualdad jurídica entre dos clases desiguales de hecho? ¡Nada más que una burla, evidentemente. En efecto, si quisiera concretar esta expresión en un hecho concreto cualquiera, no se conseguiría en modo alguno. Las relaciones entre la oferta y la demanda en el campo del trabajo son determinadas por el hecho de la desigualdad de condiciones entre quien posee y da trabajo y quien no posee y está obligado a trabajar para vivir. Ninguna norma jurídica podría aportar un elemento de igualdad en estas relaciones entre desiguales más que en puras apariencias de forma. Y esto, aunque no se tenga en cuenta el hecho que los órganos jurídicos destinados a vigilar tales relaciones son órganos parciales, pues emanan exclusivamente de las clases propietarias; y en el régimen fascista no son ni siquiera sometidos a aquel mínimo control que intentan sostener los regímenes más o menos democráticos. Se trata, en suma, de una expresión puramente literaria destinada a figurar en el papel impreso, pero que no puede salir del papel y es por consiguiente una vulgar mentira.

Es verdad que se campanea en la "Carta" una "magistratura del trabajo", órgano del Estado que debería regular las controversias del trabajo, y por tanto ser el instrumento de la aludida igualdad jurídica. Es esa "magistratura" la que ha movido el corazón de los siete sabios del sindicalismo regenerador, reformista y deformado de la comunidad Rigola, D'Aragona y compañía. Puede darse que se transforme en un puesto útil, en una canongía proficua para los ex organizadores de obreros en busca de empleo. Fuera de eso no se ve para qué podría servir, sino para ser una cadena más para tener ligada al remo de la esclavitud patronal y estatal la mísera chusma proletaria. De cualquier modo, en la "Carta" no se hace indicación alguna sobre el objeto a que pueda servir esa "magistratura" en el sentido de la defensa del pan, de las condiciones de trabajo y de la dignidad de los *obreros* de la producción.

Una afirmación que no podía faltar en un documento sobre los problemas del trabajo, emanado del Estado fascista, — representante, instrumento y cómplice del capitalismo reaccionario italiano — es aquella que vuelve a consagrar una vez más el principio de la propiedad privada, frente a todas las escuelas y tendencias socializadoras del proletariado. "El Estado corporativo — se dice en el séptimo artículo de la "Carta" — considera la iniciativa privada en el campo de la producción como el instrumento más eficaz y más útil del interés de la nación". Siguen consideraciones según las cuales el patrón sería responsable ante el Estado de la orientación de la producción, y que los obreros son considerados como colaboradores de la empresa, de la cual el patrón es el director responsable. Pero ¿responsable de qué? Un patrón que administra mal su negocio, que derrocha sus dineros con el juego y las mujeres, y después hace quiebra; o bien otro que no tiene los medios para hacer instalaciones modernas, y se contenta con producir menos, pero de ganancia segura; u otro aun que quiere cerrar la fábrica o no renueva la maquinaria gastada, o deja echarse a perder sus mercaderías antes que venderlas a bajo precio, etc. ¿podría ser castigado por el Estado? Nadie ha dicho eso; y sería imposible, porque cualquier gobierno carecería, en el régimen capitalista, de medios prácticos de intervención, y éstos además serían adoptados por los mismos amos del Estado, agentes del capitalismo, a favor de los patrones o como medio de ilícita concurrencia de algunos capitalistas contra otros. Un gran industrial, por ejemplo, que se viese perjudicado por el resurgir de una empresa, podría, con la complicidad del Estado, desembarazarse de ella bajo forma de proceso a un modo de producción contrario a los intereses económicos generales.

Pero es inútil galopar con la fantasía. Esa intervención no es concebible en un régimen capitalista más que en un sentido deshonesto, como forma de expoliación o de represalia; nunca como sistema general y aplicable a todos. Tanto es así que en un artículo sucesivo de la "Carta" se establece que "la intervención del Estado en la producción económica tiene lugar solamente cuando falta o es insuficiente la iniciativa privada"; es decir, cuando no hay empresas privadas; o bien cuando el Estado quiere favorecer una empresa de sus amigos; en cuyo caso no se trata más del habitual favoritismo, como el actual, respecto de las industrias azucareras y metalúrgicas, que no puede desagradar ciertamente a los capitalistas. "O bien — se agrega —, cuando están en juego intereses políticos del Estado"; por ejemplo si un industrial hiciese oposición al gobierno y este quisiera arruinarlo; y más precisamente en el caso de alguna tentativa de cooperación obrera de producción, que el gran capitalista quisiera aniquilar.

Pero lo que queda en la base de todo es el principio que la iniciativa privada — es decir: la institución de la propiedad privada —, es lo más idóneo para el interés de la nación; por lo cual la nación, y por ella el Estado, (porque en el lenguaje estatal, y especialmente fascista, Estado y nación son la misma cosa), está empeñado en defender el capitalismo. Pero la única interpretación que se puede dar a aquella intervención estatal en la producción — excepto en el caso de guerra, en donde el experimento hecho ya en 1914-18 ha demostrado cómo eso sirve sólo para el enriquecimiento de los capitalistas, en perjuicio de la producción chafallada, saboteada en la calidad y dilapidada en la misma cantidad producida — es que será favorecida más escandalosamente aún la gran industria en perjuicio de la pequeña, con la consiguiente proletarización de los pequeños propietarios y de las clases medias; lo que entra en los fines centralizadores, autocráticos y dictatoriales del fascismo, sea en el campo político como en el económico.

La parte de la "Carta del lavoro" dedicada a los contratos colectivos de trabajo, y a las garantías de trabajo, en sus expresiones más alentadoras no promete nada que no hubiese ya, al menos en Italia, antes del fascismo y que el fascismo ha destruído y eliminado completamente. Algunas de tales condiciones habían sido conquistadas por la acción y presión directa de la clase obrera desde antes de la guerra, y hoy se han vuelto letra muerta. El fascismo vuelve sobre ellas, como para poner delante las manos, pero las condimenta con tantos "si" y con tantos "pero" que destruyen

apriori toda eficacia práctica y sirven sólo para impedir todo movimiento autónomo del proletariado en torno al Estado de clase. Palabras todas, en suma, que echan polvo en los ojos de la gente, pero que en realidad no dan garantía alguna a los trabajadores.

Y no sólo eso, sino que como algunas afirmaciones de la "Carta" no aparecieron bastante ambiguas en daño de los trabajadores, se ha recurrido ya a los refugios en salvaguardia del capitalismo, eliminándolas. En efecto, la "Carta" del día que fué publicada (el 21 de abril) tiene ya las primeras correcciones: por ejemplo, le ha sido quitada una frase del artículo 13, en donde se dice que "las consecuencias de la crisis de producción y de los fenómenos monetarios deben igualmente repartirse entre los factores de la producción". Lo que significa que si los proletarios pudiesen encontrar en un artículo de la "Carta" una escapatoria para escapar a algún abuso patronal, bastaría un comunicado del gobierno en la "Gazzetta Ufficiale" del Estado para cerrar aquella escapatoria con la supresión o modificación del artículo.

Un atento examen de la "Carta" en las partes en que ésta se da el aire de tomar la defensa del obrero, os descubre los adjetivos y los proverbios en apariencia insignificantes, pero que ofrecen al capitalista todas las escapatorias posibles para destruir toda garantía de salario o de trabajo. Cuando se dice, por ejemplo, que en el trabajo a destajo a todo obrero *laborioso* le es consentido conseguir una ganancia mínima aparte del salario básico, no se concede nada en realidad, pues sin eso el trabajo a destajo no tendría ninguna razón de ser; pero sí da al patrón el modo de limitar esa ganancia o anularla con el pretexto de que el obrero no es bastante "laborioso". Cuando se dice que el obrero deberá observar el horario escrupulosa e intensamente se da en la mano al patrón un pretexto para licenciar a los obreros que no se esmeran bastante y hasta el agotamiento, aun cuando no pierdan ni un minuto de tiempo. La promesa de un período anual de reposo ferial retribuído después de un año de *ininterrumpido* servicio, sin precisar el tiempo y la razón de la interrupción y sin establecer un mínimo de días de reposo, hace que, por un lado, el descanso pueda ser reducido a un período irrisorio de dos o tres días, y que pueda ser rehusado también a quien durante el año ha estado ausente por un día o dos y por motivos de fuerza mayor.

Hay otras partes en la "Carta" de la cual no se comprende el objetivo recóndito, y que pueden considerarse legítimamente de mala fe. Por ejemplo, según el artículo 22 "solamente el Estado puede asegurar y controlar el fenómeno de la desocupación", etc. ¿Qué significa eso? ¿Que se prohibirá, a grupos de obreros, a los mismos sindicatos fascistas, o hasta al simple estudioso, hacer investigaciones y establecer el número de los desocupados? ¿O bien simplemente que la estadística, de la que podrían depender variaciones de los salarios y del horario, será monopolio del Estado y que, aunque sea falsa e infiel, será incontrolable y norma única insindicable para establecer los salarios, horarios, turnos de trabajo, subsidios, derecho de emigración, etc.?

No pocas sombras y equívocos del género velan todo lo que en la "Carta" se refiere a la colocación de la mano de obra, a la previsión, a la asistencia, a la educación, a la instrucción, etc. Una cosa que, a propósito de las oficinas de colocaciones, muestra luego más cínicamente el modo con que en realidad el derecho más sagrado del hombre y del trabajador al pan y al trabajo es pisoteado literalmente, es la obligación de los patrones de elegir la propia mano de obra entre los trabajadores inscritos en el partido fascista, en los sindicatos fascistas y según la antigüedad de la inscripción". Una verdadera monstruosidad que contradice otro punto de la "Carta", que boicotea a los no fascistas hasta condenarlos al hambre, y que es perjudicial justamente a los intereses generales de la producción que se quisiera tutelar.

Este artículo 23 anularía también en la forma legal, si no hubiese sido destruído de hecho como hemos visto más arriba, el artículo 3, según el cual "la organización profesional o sindical es libre". Es decir, que si se pudiese constituir una organización libre, sus socios serían excluídos siempre de todo trabajo; y lo serían también, agregamos, aquellos que quisieran permanecer desorganizados por escrúpulo de conciencia antifascista. Basta pensar que las listas de los desocupados en las oficinas de colocación son redactadas por órganos gubernativos (fascistas) y bajo el sólo control de los órganos corporativos (fascistas). Bastará el simple hecho de no inscribir a los adversarios en las listas para condenarlos a morir de hambre. En la mejor hipótesis, además, que todos sean inscritos, a los desorganizados, a los eventualmente organizados fuera del fascismo, a los no fascistas, no se les daría trabajo si no cuando todos los fascistas lo tuviesen ya; y, por consiguiente, tendrían las mayores probabilidades de quedar sin trabajo o de tener los trabajos deshechados, los peor retribuídos o más gravosos. Y eso aunque sean lo mismo condenados a pagar todas las cuotas y sus contribuciones eventuales a las organizaciones fascistas, bien que permanezcan fuera de ellas...

Con ese sistema de espantosa coerción sobre la masa, con el cual se reserva el hambre o a lo sumo las migajas que caen de la mesa en que están sentados todos los demás a los trabajadores que no se han querido plegar en cuerpo y alma al fascismo, el interés de la producción es subordinado del todo al más odioso interés sectario de partido. El patrón no puede elegir la mano de obra según la habilidad técnica y la productividad concreta del obrero, sino que debe, en las mismas listas proporcionadas por el fascismo, tener en cuenta ante todo la pertenencia a éste de los diversos tarbajadores. Los primeros que tendrán que ocupar serán los inscriptos más antiguos en el partido fascista, después los inscriptos más recientemente, después los inscriptos en los sindicatos fascistas; después, si queda puesto, los otros, a condición de que éstos hayan tenido del fascismo la limosna de ser anotados en la lista de los desocupados disponibles. La consecuencia conclusiva es que los patrones deberán dar la preferencia a la mano de obra más ordinaria.

No es exagerada tal conclusión. Para persuadirse de ello basta pensar en cómo ha ocurrido el reclutamiento fascista entre los obreros, y cómo el criterio de su antigüedad fascista está en relación inversa de su productividad laboriosa. En los primeros tiempos había escasísimos obreros entre los fascistas; los cuales en su mayoría

eran profesionales, ex oficiales desocupados, estudiantes, pequeños propietarios terrícolas, hijos de propietarios, etc. Los pocos obreros eran los más haraganes e incapaces, los peores moral y productivamente, verdaderos mercenarios sin arte ni parte que acudieron al fascismo por dinero o por voluntad de pescar en aguas revueltas. Los obreros calificados, los más hábiles, los dotados de cualidades técnicas superiores, han sido los últimos en ceder y en hacerse inscribir en la grey fascista; casi en estos últimos siete u ocho meses, bajo la amenaza del palo y el hambre y bajo presiones cada vez más irresistibles. Además no han entrado todos; son numerosos los que resisten todavía al precio de inauditos esfuerzos y sacrificios.

Y bien, la "Carta del Lavoro" del Estado fascista italiano establece para los patronos la obligación de ocupar en sus establecimientos primero a los haraganes y a los ex combatientes deficientes de las primeras expediciones punitivas; y sólo *después* a los más hábiles y productivos, con la mayor probabilidad para los últimos de quedar excluídos. El capitalismo probablemente hallará en muchos casos el modo de excluir esa norma absurda. Pero la norma no será por eso menos absurda y menos contraria a los intereses de la producción, y no obstante eso, y propiamente por eso, es fascistísima!

Los lectores habrán visto que en la crítica suficientemente particularizada a la "Carta del Lavoro" del fascismo italiano, no nos hemos colocado en un punto de vista anarquista que niega, en el terreno revolucionario, en bloque, toda la sociedad burguesa desde sus formaciones más autocráticas a las más democráticas. Tal crítica habría sido mucho más fácil y detallada, pero no habría abarcado tal vez bastante el fascismo en su complejo carácter más liberticida, más antiproletario, más violento, más mentiroso y más hipócrita que cualquier otro régimen.

Las críticas que hemos hecho, desde un punto de vista general que podrían suscribir todos los hombres progresistas, que conciben el progreso en el sentido de un aumento de bienestar y de libertad para los hombres y en una atenuación de las injusticias de clase, es decir en un sentido genéricamente socialista sin distinción de escuelas, son críticas necesarias para abarcar la característica entera propia del fascismo: la de la prepotencia y de la insinceridad al mismo tiempo elevadas a la enésima potencia. Eran necesarias además para una valorización moral del nuevo documento fascista, y no hay que confundirlas con las críticas posibles a toda otra tentativa o proyecto de legislación social, con el que se intenta confundirlo para la concurrencia, sea porque cierto lenguaje induce a engaño a los menos avisados, sea porque sus apariencias no sirven de pretexto, de excusa o de atenuante a la traición innoble consumada con pretextos reformistas por aquellos que hace poco han pasado de los puestos de la dirección sindical-confederal, en Italia, a los de inscritos en el fascismo y de lustrabotas del mismo.

Pero no debemos con eso silenciar nuestra oposición y hostilidad anarquista, de principio, a esa "Carta del Lavoro", aun prescindiendo de su carácter específico fascista. Aun cuando la "Carta" no fuese tan típicamente reaccionaria, codificación de la más dura esclavitud proletaria; aun cuando muchas críticas inherentes al fascismo no tuviesen en el documento la propia confirmación; es decir, aun cuando la "Carta" fúese una tentativa real para servir a la clase obrera, nosotros, los anarquistas, no le seríamos menos hostiles, bien que con otras razones y un estado de ánimo diferente. Pero en tal caso no íbamos a dejar de repetir una crítica que han hecho en cincuenta años los anarquistas a toda idea o proposición de legislación estatal y de colaboración de clases en mérito a las relaciones — que deben ser únicamente relaciones de lucha, irreconciliable — entre capitalistas y proletarios.

Nuestras críticas, si en este caso específico pueden colindar con algunas eventuales a la "Carta" del Lavoro" de los reformistas socialdemócratas y de los socialistas autoritarios de todas las escuelas, no aceptan su punto de partida ni sus motivaciones. No nos preocupan por tanto las lagunas que los reformistas y legalitarios del socialismo podrían encontrar en ella, pues esos elementos solicitan de sus gobiernos otras "cartas del trabajo" sobre las relaciones entre patrones y obreros. Tales lagunas, evidentes, pero de ningún modo involuntarias, son perfectamente lógicas en el documento fascista. Es muy fascista por tanto el silencio absoluto de la "Carta" sobre todo lo que se refiere al consumo y a los consumidores; y también toda mención de la gestión interna de los sindicatos, en los cuales las masas no tienen ni representación ni control, siendo todo eso confiado por el Estado a personas de su confianza exclusiva. Ninguna palabra sobre salario mínimo, nada de comisiones internas, nada de posibilidades de reclamaciones contra las malversaciones patronales; y mientras son previstas las infracciones al funcionamiento normal de la producción por parte de los obreros, con las sanciones más duras, nada se dice sobre las infracciones posibles y tan frecuentes de parte de los patrones y de sus capataces, vigilantes y agentes. Son lagunas bien intencionales; pero a nosotros no se nos ocurre ni en sueños deplorarlas con la idea de que sea posible colmarlas en un régimen capitalista y estatal de otro modo que de una manera ineficaz y exclusivamente aparente.

El fascismo es lo que es. Pero también donde él no existe, al menos en la forma odiosa impuesta en Italia y en algún otro Estado balcánico que le sigue el paso, si existe la división de clases, y mientras exista, ningún Estado, aunque se diga demócrata, socialdemócrata, sovietista, etc., podrá nunca superar el estado de lucha entre burguesía y proletariado. Y mientras un Estado o gobierno exista, existirán clases privilegiadas explotadoras y clases expoliadas y explotadas, entre las cuales ninguna "carta" será nunca posible y augurable desde el punto de vista del proletariado y de la libertad, a excepción de una sola: el cartel permanente de desafío de la revolución contra todas las formas de explotación y de gobierno del hombre sobre el hombre.

París, abril, 1927.

DE DOCTRINA Y DE TACTICA

PLATAFORMA DE ORGANIZACION DE LA UNION GENERAL DE LOS ANARQUISTAS (PROYECTO)

(*VEANSE LOS NUMEROS ANTERIORES*)

PARTE CONSTRUCTIVA

EL PROBLEMA DEL PRIMER DIA DE LA REVOLUCION SOCIAL.—

El objetivo fundamental del mundo obrero en lucha, es la fundación, por vía revolucionaria, de una sociedad anarquista comunista libre, igualitaria, basada en el principio: *de cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades.*

Sin embargo, esa sociedad no se formará como un todo acabado, por sí misma, a fuerza solamente de conmoción social. Su realización deberá ser un proceso social-revolucionario, más o menos prolongado, dirigido por las fuerzas organizadas del trabajo victorioso sobre un camino determinado.

Nuestra misión es indicar desde ahora ese camino, formular los problemas positivos, concretos, que se levantarán ante los trabajadores desde el primer día de la revolución social. La suerte misma de esa última dependerá de su solución justa.

Se desprende de sí que la construcción de la nueva sociedad no será posible más que después de la victoria de los trabajadores sobre el sistema actual capitalista y burgués y sobre sus representantes. Es imposible comenzar la construcción de la nueva economía y de las nuevas relaciones sociales, antes de que la potencia del Estado que defiende el régimen de esclavitud no haya sido quebrantado; antes de que los obreros y los campesinos no hayan tomado en sus manos por medio de la revolución, la economía industrial y agraria del país.

Por consiguiente, la primera misión de la revolución social será: destruir la máquina estatista de la sociedad capitalista, privar a la burguesía y en general a todos los elementos socialmente privilegiados, de las facultades del poder, y establecer en todas partes la voluntad del trabajo rebelde, expresada en los principios fundamentales de la revolución social. Ese aspecto destructivo y combativo de la revolución, no hará más que descombrar la ruta para las labores positivas que forman el sentido y la esencia de la revolución social.

Esas labores son las siguientes:

1.—La solución, en el sentido anarquista, del problema de la producción (la industria del país).
2.—La solución en el mismo sentido del problema agrario.
3.—La solución del problema del consumo (el aprovisionamiento).

LA PRODUCCION

Teniendo en cuenta el hecho de que la industria del país es el resultado de los esfuerzos de varias generaciones de trabajadores, y que las diversas ramas de la industria están estrechamente ligadas entre sí, consideramos toda la industria presente como un solo taller de productores perteneciente a todos los trabajadores en su conjunto y a nadie separadamente.

El mecanismo productivo del país, es uno, pertenece a toda la clase obrera. Esa tesis determina el carácter y la forma de la producción nueva. Será también una, común, en el sentido que los productos, de cualquier categoría que sean, constituirán la reserva general del abastecimiento de los trabajadores, de donde, participando todos en la producción nueva, sacarán todo lo que necesiten sobre una base igual para todos.

El nuevo sistema de producción suprimirá totalmente el salariado y la explotación en todas las formas, y establecerá en su lugar el principio de la colaboración de los trabajadores como camaradas.

La clase media que, en la sociedad capitalista moderna, ejerce las funciones de mediadora — el comercio y otras —, lo mismo que la burguesía, deberá tomar parte en la nueva producción, en las mismas condiciones que todos los trabajadores. En caso contrario, esas clases se pondrán ellas mismas fuera de la sociedad laboriosa.

No habrá patrón, ni bajo la forma de empresario privado, ni de Estado-propietario, como es el caso actual del Estado bolchevista. Las funciones organizadoras pasarán, en la nueva producción, a órganos administrativos creados especialmente al efecto por las masas obreras: soviets obreros, comités de fábricas o administraciones obreras de las fábricas y los talleres. Esos órganos, aliados entre sí en los cuadros de una ciudad, de un distrito, y luego de todo el país, formarán las instituciones de las ciudades, de los distritos y, en fin, generales (federales), de gestión y administración de la producción. Elegidos por la masa, y hallándose constantemente bajo su control y su influencia, esos órganos serán incesantemente renovados y realizarán así la idea de la autoadministración verdadera de las masas.

Producción unificada, cuyos medios y productos pertenecen a todos, habiendo reemplazado el salariado por el principio de la colaboración en calidad de camaradas y estableciendo la igualdad de los derechos para todos los trabajadores; producción realizada por los órganos de la administración obrera, elegidos por las masas: tal es el

primer paso práctico en la vía de la realización del comunismo libertario.

EL CONSUMO

Este problema surgirá en la revolución bajo un aspecto doble.

Será preciso:

1.—Encontrar los medios para procurarse los productos;

2.—Establecer los principios de su reparto.

En lo que concierne a esto último, las soluciones no pueden ser ofrecidas, en este dominio, más que en formas muy generales, porque esas soluciones dependerán sobre todo de la cantidad de los productos disponibles, del principio de la conformidad con el fin, etc.

La revolución social que se encargará de la reconstrucción de todo el orden social actual, se encargará, por eso mismo, de las necesidades vitales de todos. La única excepción será la de los no trabajadores, que rehusarán tomar parte en la nueva producción por razones de orden contrarrevolucionario. Pero, en general, y a excepción de esa categoría de gentes, la satisfacción de las necesidades de toda la población del territorio de la revolución social será asegurado por la reserva general. En el caso en que la cantidad de productos sea insuficiente, será distribuida según el principio de la mayor urgencia, es decir, en primer lugar a los niños, a los enfermos y a las familias obreras.

Un problema mucho más difícil será el de la organización de la reserva misma.

Sin duda alguna, en los primeros días de la revolución, las ciudades no dispondrán de todos los productos indispensables para la vida de la población. Al mismo tiempo, los campesinos tendrán en abundancia productos que faltarán en las ciudades.

Los anarquistas no pueden tener ninguna duda referente al carácter de las relaciones entre la ciudad y el campo laboriosos. Los anarquistas estiman que la revolución social no podrá ser realizada de otro modo que por los esfuerzos comunes de los obreros y los campesinos. Por consiguiente, la solución del problema del consumo en el curso de la revolución no será posible más que por medio de una colaboración revolucionaria estrecha de esas dos clases trabajadoras.

Para establecer esa colaboración, la clase obrera de las ciudades, habiendo tomado la producción en sus manos, deberá pensar inmediatamente en atender a las necesidades vitales del campo y tratar de proporcionar los productos de consumo de todos los días, los medios y los instrumentos para el cultivo agrícola colectivo. Las atenciones colectivas manifestadas por los obreros en relación a las necesidades de los campesinos, provocarán el mismo gesto en los campesinos que proporcionarán a las ciudades los productos del trabajo rural, en primer lugar los de alimentación.

Las cooperativas obreras y campesinas serán los primeros órganos que asegurarán las necesidades de abastecimiento y en general las necesidades económicas de las ciudades y del campo. Encargadas, más tarde, de funciones más amplias y más constantes, principalmente de atender a todo lo necesario para asegurar y hacer desarrollar la vida económica y social de los obreros y campesinos, esas cooperativas serán por eso mismo transformadas en órganos permanentes de abastecimiento de las ciudades del campo.

Esta solución del problema del abastecimiento permitirá al proletariado crear una reserva de aprovisionamiento permanente, lo cual repercutirá de una manera feliz y decisiva en los destinos de toad la nueva producción.

LOS UTOPISTAS

EL HUMANISFERIO

Utopía anarquista por J. DEJACQUE

Con explicaciones previas de Max Nettlau

y Eliseo Reclus

Un volumen de 142 pags. 8°. Precio: 50 centavos

Portada artística de Ret Setllawaj

SE PONDRA EN VENTA EN ESTOS DIAS

Editorial "La Protesta", Perú 1537 — Buenos Aires

BIBLIOGRAFIA

R. Schiavina. — *Sacco y Vanzetti.* — "Edito a cura del Comitato anarchico Pro Vittime Politiche d'Italia". — Jean Bucco, 116 rue du Chateau-des Rentiers, París (13.e — 1927.

Cuando estos apuntes bibliográficos sean publicados en América del Sur, la historia habrá registrado ya definitivamente o la consumación de una gran infamia o el triunfo aunque tardío de un principio superior de justicia, — de aquella justicia inmanente, sin velos ni atributos, que no tiene nada que ver con la justicia "jurídica" que sin embargo usurpa el nombre aun cuando, y tan a menudo, es profundamente injusta desde el punto de vista moral y humano. ¡No importa!: el libro quedará igual, como una doble reivindicación de una santa causa y como documento de un episodio importante de la lucha eterna entre las víctimas y los verdugos, entre los opresores y los oprimidos de la humanidad.

El libro de R. Schiavina ilustra magistralmente las "causas y los fines de un crimen de Estado", como es la monstruosa condena a la pena de muerte de dos inocentes, condenados a despecho de todo derecho humano, y además de las mismas leyes escritas del país donde tal crimen jurídico ha sido consumado. Pues el crimen de la condena permanecerá en la historia aun cuando (como espero), se consiga impedir las consecuencias asesinas e irreparables. Y si esta última esperanza de todo el mundo civilizado fuese frustada, el libro será la sanción viva de la mancha de infamia sobre la frente de los culpables representantes de un Estado que tiene todavía la desfachatez de suponerse basado en una constitución liberal, como el de los Estados Unidos.

Sobre el proceso Sacco y Vanzetti se ha acumulado en estos largos siete años que dura el martirio de los inocentes compañeros nuestros, toda una literatura abundantísima en todos los idiomas. Periódicos, revistas, opúsculos y libros han ilusionado los aspectos más diversos del "asunto"; y especialmente en los Estados Unidos se han hecho publicaciones minuciosas en demostración de la evidente inocencia de los falsamente acusados e injustamente condenados. Era grande, por tanto, para el autor el peligro de volverse prolijo, hasta el punto de cansar a los lectores. Pero el autor ha sabido escapar a él, condensando en poco más de cien páginas todo lo que se podía y debía decir sobre el argumento, y haciéndolo con un ardor de pasión y una eficacia como para persuadir a los más sordos y conmover a los más insensibles.

Y era necesario que se hiciera eso, especialmente para los lectores italianos, porque para éstos es imposible tener al alcance todo lo que ha sido impreso sobre el argumento, en varios idiomas, especialmente en inglés; también porque lo que ha sido impreso en el curso de estos últimos años en los periódicos italianos no puede ser bien recordado ni siquiera en lo que de más saliente y decisivo se publicó hasta aquí, diseminado como está en una cantidad de hojas no conservadas y de carácter demasiado efímero y fragmentario.

Especialmente, como se dice bien en el prefacio del Comitato pro Vittime Politiche, el que, lejos de los Estados Unidos, no puede tener presente la particular situación creada allí por la atmósfera de guerra, no puede comprender bien por qué propiamente se cebaron sobre Sacco y Vanzetti la ira feroz y el odio implacable de las castas dominantes. Por eso el libro llena una laguna, no solo al pasar reseña a los hechos desnudos y crudos y a las fases del innoble proceso, sino explicando además cuáles fueron las fuentes y las causas específicas de la persecución contra las dos víctimas de Dedham.

El relato de las agresiones de Bridgewater (24 de diciembre de 919) y de South Braintree (15 de abril de 1920), del arresto de Sacco y Vanzetti, en el mes de mayo siguiente, de los interrogatorios, pericias, procesos y condenas, están encuadrados en la situación particularmente trágica del proletariado norteamericano, especialmente del inmigrado, en el período de la post guerra inmediata. Así asistimos a las persecuciones feroces contra los anarquistas, especialmente contra los del grupo italiano que se reunía en torne a Luigi Galleani y a la *Cronaca Sovversiva*, al asesinato de Andrea Salsedo el 3 de mayo de 1920, a toda la fabricación del ambiente contra los "rojos" y contra los extranjeros, a la campaña de prensa toda odio y hiel, alimentada por los tiburones de la finanza multimillonaria; y esto demuestra como se hizo posible fabricar artificialmente, con la mentira más descarada, una acusación contra dos de los anarquistas más odiados, en vista de sus precedentes, por las camarillas especuladoras y reaccionarias norteamericanas.

La figura de estos dos anarquistas, Bartolomé Vanzetti y Nicola Sacco, es revelada en su innegable fulgidez. La honestidad de toda su vida de trabajadores, su altivez de hombres fieles a su fe de libertad, su larga y constante actividad de militantes por el bienestar del proletariado y por la causa anarquista, son ilustradas tan bien como para constituir por sí una prueba moral indiscutible, aun cuando no se tuvieran las más evidentes pruebas materiales. Y, sin embargo, estas pruebas materiales son también revisadas una a una, los alibi, los testimonios, las pericias: tanto las pruebas positivas que establecen como los dos imputados no pudieron materialmente haber cometido el delito de que fueron acusados como las pruebas negativas que demuestran la inconsistencia y la mendacidad de los argumentos y testimonios que se aportaron contra ellos.

Al mismo tiempo son sorprendidos con las manos en el saco de la más descarada parcialidad, del partido previamente adoptado, de las falsificaciones, los jueces y los magistrados que instruyeron el proceso y consiguieron arrancar un veredicto de condena a un jurado ya hostil por sí y mal prevenido por espíritu de clase, por odio de nacionalidad, por hostilidad política. Y en contra son citadas también las voces de protesta contra tanta infamia, las nobles reivindicaciones de justicia, procedentes de los campos más diversos, incluso del de los adversarios políticos de los imputados, de parte de hombres más o menos ilustres en la política, en el foro, en la ciencia, que han querido afirmar por encima de los prejuicios e intereses de parte, de casta, por un deber de conciencia, su adhesión a un principio de justicia.

Nada falta. Y el autor puede estar orgulloso de su trabajo, pues con él logra sostener la atención del lector hasta el fin, y no puede menos de persuadirlo, — incluso si por casualidad está mal dispuesto al comienzo por la diversidad de sus ideas político-sociales, — a asociarse a él en la conmovida conclusión:

No es la conmutación de la

pena lo que se invoca para Sacco y Vanzetti, no es la gracia, sino la justicia... Por la vida de dos mártires a quienes la nobleza de carácter vuelven sublimes en el heroismo de siete años de firmeza ante la muerte, por la vida y la libertad de todos, por la verdad y por la justicia, que la voz universal de las multitudes sea tan poderosa como es sagrado su derecho, como es justa su rebelión".

Que estas palabras puedan, cuando se impriman allá en el armonioso idioma de Cervantes y de Castelar, ser coronadas por un grito de alegría, por la liberación de este terrible íncubo. Ojalá que no suenen, una vez más, como una amarguísima ironía...

Luigi FABBRI

París, 9 de junio de 1927.

lb——lb

Valentín de Pedro. — *El veneno del tango*, novela escénica dividida en cuatro cuadros. Un vol. de 230 págs. 8.°. Casa editorial Maucci, Barcelona. 2 pesetas.

Valentín de Pedro no es ya un desconocido en la literatura ni es uno de esos escritores que están demás en el mundo literario. Hay en él valores efectivos, inquietudes que todavía no se convirtieron en ideas acabadas, pero que llegan al alma del lector, porque su dominio del idioma y la maestría de su estilo saben comunicar a los demás los propios sentimientos y pasiones.

El veneno del tango, por el título parece que fuera una de esas novelas de ocasión que se hacen para el gran público sin criterio; pero si se comienza a leer nos cautiva de tal manera que forzosamente hemos de terminarla. Tanto por el fondo como por la forma, que no carece de gracia y de humorismo, esta obrita que describe uno de los grandes venenos de la época, sin olvidar algunas pinceladas maestras para el niño bien, para el compadrito de la sociedad argentina, es sugestiva. Si fuera el caso, nos permitiríamos hacer una objeción: la ilusión del gaucho de la pampa, que Valentín de Pedro toma de la literatura, no de la realidad, porque ese no existe. Pero eso tiene poca importancia en esta obra y en su argumento, y no le resta ni belleza ni armonía en el conjunto.

Capitán Luigi Motta. — *El león de San Marcos*, 288 págs. 4.° Editorial Maucci, Barcelona. Precio: 5 pesetas.

Capitán Luigi Motta. — *El rey de la jungla*. 298 págs. 4.° Editorial Maucci, Barcelona. Precio 5 pesetas.

Son dos novelas de aventuras de un autor italiano que se ha puesto de moda entre el gran público aficionado a la lectura.

Rachilde. — *La Bestezuela* (L'Animale). Versión castellana de Anselmo Reguera. 251 págs. 8.° Editorial Sempere, Valencia. Precio 3.50 pesetas.

Rachilde es el pseudónimo de una escritora francesa bastante conocida, que ha descrito en sus obras con preferencia las anomalías sexuales femeninas. *La Bestezuela* es una de esas novelas naturalistas que tiene el mérito de los hondos análisis psicológicos, a los que uno se asoma como a un panorama real, independientemente del placer o el disgusto que puedan ocasionarnos. *La Bestezuela* es un paisaje; ni más ni menos; el que mira y no ve, puede ser que en esta novela no encuentre más que un incentivo a las perversiones sexuales.

Ramón Gómez de la Serna—*Gollerías*. Colección "Los Guasones". Con ilustraciones del autor. 358 págs. 8.° Editorial Sempere. Valencia. Precio: 4 pesetas.

Gómez de la Serna es un cultor del humorismo, de la paradoja, una especie de baratijero que recoge en su tienda todos esos motivos sutiles que no inspiran a nadie, pero que a él le sugieren algunas frases y comparaciones joviales. Gómez de la Serna es un estilista especial, el creador de una escuela literaria; pero lo que a nosotros más nos interesa es su manera de contemplar la vida, que manifiesta una perfecta unidad a través de sus retazos inconexos, de sus pinceladas humoristas, de sus descubrimientos de facetas innumerables de atracción en lo pequeño y lo trivial.

Este autor tiene ya en su haber un par de decenas de libros; muchas de sus obras han sido traducidas al francés, al italiano y hasta al alemán.

En *Gollerías* está todo el temperamento y la filosofía de Gómez de la Serna; bastaría ese libro para juzgarle y apreciar su personalidad literaria inconfundible, pues en él está contenida la modalidad que lo distingue en las letras españolas.

Armando Borghi. — *Gli anarchici e le alleanze*. 60 págs. Ed. Circolo Operaio di cultura sociale, New York. Precio: 25 cents.

Un grupo de compañeros italianos de New York ha recogido una conferencia de Borghi con controversia libre, añadiéndole algunos documentos, como por ejemplo un artículo de Luigi Fabbri sobre los frentes únicos y otro de dos secretarios de la Asociación Internacional de los Trabajadores, Rocker y Souchy. Se trata de un problema que hemos sido nosotros los primeros en debatir ampliamente y que ahora es interpretado casi generalmente por los anarquistas de todo el mundo de una manera parecida a como lo hemos interpretado nosotros. Borghi fué uno de los primeros que hemos encontrado de nuestra parte en esa propaganda y el folletito que acaban de publicar los compañeros italianos de New York es una nueva afirmación del esfuerzo para dar unidad al movimiento anarquista y librarlo de las alianzas con la democracia pseudo-antifascista.

lb——lb

A. — Publicaciones anarquistas.

Nachalo, número 12, Sofía (Bulgaria). Hemos recibido el número 12 de esta revista mensual, correspondiente al mes de junio. Por haberse sostenido en un país dominado por el terror gubernativo, merece especial mención y congratulación. Ella nos prueba que el salvajismo de la reacción no ha matado el movimiento anarquista en Bulgaria.

Hacia el futuro. — Organo del sindicato único de sastres. I-1, Guatemala, 1 de Mayo de 1927.

Remember. — Numero unico pro vittime politiche. Edicion del Comitato anarchico pro Vittime politiche d'Italia. Paris, 22 de mayo de 1927. Con colaboraciones de Virgilia d'Andrea, Spartaco Acrate, Auro d'Arcola, R. Schiavina, Brutius y otros.

Certamen Internacional de "La Protesta"

Un volumen de 160 págs. 4.° a dos columnas

Ricamente encuadernado en tela

PRECIO: $ 2. TAPAS SUELTAS, $ 1.—

EDITORIAL "LA PROTESTA"

Pensadores y Propagandistas del Anarquismo

Max Nettlau — ERRICO MALATESTA, la vida de un anarquista.

Un volumen de 268 págs. en 8°.
Precio . . . . . $ 1.20
Papel pluma y encuad. en tela " 3.50

Max Nettlau — FERNAND PELOUTIER Y EL SINDICALISMO.

Un volumen de 44 págs. en 8°.
Precio . . . . . $ 0.15

James Guillaume — MIGUEL BAKUNIN, noticia biográfica.

Un volumen de 48 págs en 8°.
Precio . . . . . $ 0.20

D. A. de Santillán — RICARDO FLORES MAGÓN, el apóstol de la revolución social mexicana

Un volumen de 132 págs. en 8°.
Precio . . . . . $ 0.80

Contribución a la historia del movimiento obrero en España

Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868—1873)

Por MAX NETTLAU

Un volumen de 132 páginas en 8.° mayor

Edición popular . . . . . $ 0.50
Edición en papel pluma . . . . . $ 1.—
Edición en papel pluma y encuadernado en tela . . . . . $ 2.50

Editorial LA PROTESTA—1926

SE PONDRA EN VENTA EN LA PROXIMA SEMANA

Pídalo en kioscos y librerías — Si no lo halla solicítelo directamente a la administración de LA PROTESTA

PRECIO: $ 0.50